

SUMARIO

	Página
La Teosofía.—El Cristianismo.—El Cristo Venidero, por <i>Román Grim</i>	193
El Canto de la Vida, por <i>Charles Johnston</i>	197
La Evolución y La Redención, por <i>John Charlton</i>	200
El Cultivo de la Concentración, por <i>W. Q. Judge</i>	208
La Grande Ilusión, por <i>Tito Alba</i>	210
Diálogo, por <i>Juan de Sales</i>	217
Mauricio Maeterlinck y la Teosofía, por <i>Katharine Hillard</i>	223
Los Misterios del Cristianismo, por <i>Phiquepal d'Arismont</i>	227
Ecos y Notas	231
Preguntas y Respuestas	239

La Oficina Central y Local de la Rama "Venezuela" de la Sociedad Teosófica

sita Norte 3, número 38, Canónigos a Esperanza,

está abierta todas las noches, especialmente los miércoles y los sábados, menos los domingos, de 7 a 10, y a sus reuniones, estudios, & puede asistir todo el que lo desee, sin necesidad de previa presentación ni pertenecer a la Sociedad.—Es un punto de reunión para todo investigador sincero de los problemas de la vida, donde se expone todo género de opiniones, de un modo completamente libre y amplio, como ha de ser lo compatible con el ideal de bondad y tolerancia que son de libertad y cultura bien entendidas.

Hay una Biblioteca orientalista bastante extensa para el estudio de los concurrentes.

S E INVITA a los miembros a enviar preguntas, o respuestas a preguntas, opiniones y notas sobre asuntos teosóficos. Cuidarán de escribir claramente, en sólo una plana del papel. Hacemos extensiva esta invitación a cuantos aspiren a conocer el concepto teosófico acerca de cualquier materia de filosofía, o religión, o de los muchos problemas de la vida. Diríjanse las comunicaciones al Norte 3, número 38, Salón de la Rama "Venezuela." **CARACAS.**

DHARMA

PUBLICACION TRIMESTRAL

ORGANO DE LA

RAMA "VENEZUELA"



SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00



REDACCION Y ADMINISTRACION:

NORTE 3. NUMERO 38.

CARACAS



SUSCRIPCION ANUAL: B 5.00

SEGUNDA EPOCA

"Ninguna opinión de persona alguna puede estar por sobre la opinión de nuestra propia conciencia".

H. P. BLAVATSKY.

A excepción de los documentos oficiales, la Rama "Venezuela", de la S. T., como tal, no es responsable de las opiniones o declaraciones que publique esta Revista, sea quien fuere quien las autorice.

Año II

Caracas: abril de 1914.

Núm. 5.

LA TEOSOFÍA.—EL CRISTIANISMO. EL CRISTO VENIDERO.

por Román Grim.

El *Theosophical Quarterly* de enero último, comenta un pequeño libro no ha mucho entregado a la publicidad. donde se exponen, con enteros rasgos francos e inequívocos, opiniones bastante conocidas ya, y cuyo estudio nos prometemos acometer, en el propósito de que se rectifiquen teorías o se corrijan errores que desfiguran nuestra auténtica actitud, o desvaloran la integridad de nuestros ideales.

El *Quarterly* al copiar la siguiente sentencia del mencionado folleto: "son incompatibles la Teosofía y los hechos que sirven de base al credo cristiano, y de una lógica imposibilidad la aceptación de ambos," juzga indispensable, desde luego, aclarar esforzadamente lo que se entiende por Teosofía, consignar la certidumbre de su concepto acerca del Cristianismo, y poner de manifiesto, según su manera de discernir, la relación existente entre ambos. A tales fines mueve sus razonamientos cuando principia por rechazar la aserción del autor de que la Teosofía es algo que se promulga por ciertos individuos, algo sistemático quizás, y asimismo sectario, especie de un conjunto de máximas morales o de fórmulas filosóficas, más o menos interesantes.

Por desgracia, no prospera semejante creencia tan sólo en la índole especulativa del escritor del pequeño libro, sino que domina además un extenso campo en el criterio de la mayor parte de las personas. Acaso no nos encontremos distante de la exactitud de los hechos si nos permitimos aseverar que un número apreciable de compañeros de labor se mantienen dentro de la esfera de aquellas personas a que hacemos referencia; y llenos de la mayor buena fe hablan, disertan copiosamente sobre temas de Karma, Reencarnación, Ciclos, Razas, etc., refiriendo a sus discursos la profunda significación divina y excelente que se llama la Teosofía. De aquí el suceso, que se repite de ordinario, de agrupamientos y condensaciones de individuos en torno de los disertadores más o menos felices, hasta el punto de caer en cierto automatismo intelectual, por una parte; o de adherirse al estrecho prestigio de la afirmación autoritaria, por la otra. Ambos desenlaces sólo responden a un vínculo puramente mental. Puede no ser un teósofo el brillante intelecto, admirable expositor de la ley de Karma, del principio de la Reencarnación, de las cíclicas renovaciones, del desarrollo de las Razas, etc., en tanto que otro bien puede exhibir las condiciones de tal, no obstante de carecer del verbo que razona y domina. En el libro se lee la teoría, pero no se aprende la vida. Es inútil buscar en otra parte la luz que sólo está en nosotros, conforme lo indica *Luz en el Sendero*. Nos hallamos en capacidad de conocer los caracteres preeminentes que ponen de relieve a un hombre de genio, su intención superior, sus selectas inspiraciones, su talla de corte sobresaliente; pero aquella capacidad no transforma nuestra naturaleza en la naturaleza del genio que se estudia. Esto nos conduce a la lógica conclusión de nuestra tesis fundamental: de que la Teosofía no consiste en algo que promulga tal o cual escritor, asimismo sea un Maestro. Ella sólo evidencia el significado solemne de algo que se vive. Promulgar sólo tiene el alcance de algo que se dice y divulga, así un anuncio, así un aviso, en tanto que vivir significa ser. Mientras la naturaleza del bandolero y del santo vibran desemejantemente, la fraternidad, u otros ideales de excel-situd, son temas tan accesibles al uno lo mismo que al otro. Desde luego, huelga decir que no forma al teósofo la mera aceptación intelectual de los principios de su doctrina, de idéntica manera que el simple conocimiento de la métrica no forma al poeta. Antes por el contrario, sin uno u otro conocimiento, disfruta el poeta real de la gracia y del gozo de sus músicas íntimas, de todo su vigor divino el teósofo. Desde éste su sitio propio, el teósofo esparce, a la semejanza de las aguas que se derraman por el labrantío, la exuberante fecundidad de su acción.

Dentro de su medio, cualquiera que sea, tiene la importancia y el

sentido de un centro de energía perenne. Regala como un árbol la bondad de sus frutos; y distribuye y multiplica entre la clamorosa muchedumbre hambrienta de cielo y de buena nueva, los panes y los peces milagrosos que nombran los Evangelios.

De suerte que la Teosofía trasciende, según se observa, al simple racionalismo de un sistema doctrinario, para expresar lo mismo que ha expresado la Sabiduría en todos los tiempos: el noble valor de una revelación divina y de un poder que obran a través de la vida. Se siente en los estados internos como la gloria de una presencia augusta y sabia que, a grados, convierte los elementos de nuestra naturaleza en ella, nuestros cortos sentidos en el sentido supremo de su visión, en su oro inmortal nuestros metales inferiores, recordando el símbolo tan conocido de los alquimistas. No se la piensa sólo, se la siente. Mas allá del seco mecanicismo de la lengua y de la mera mentalidad, se la lleva como una inefable y sagrada cosa en el corazón.

En esta sentencia tan luminosa y admirable del Evangelio de Juan, Cristo lo dijo: "El espíritu es el que da vida: la carne nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado, son espíritu, y son vida."

No cabe aquí discutir la identidad de esa sentencia con el concepto profundo de Teosofía. Jesús, hablando acerca de la presencia divina en él, confiesa esta certidumbre sagrada: "Yo soy el pan de vida... El que crée en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su vientre." Y así afirmaba, quien había sometido su cuerpo psíquico a su cuerpo espiritual: "Yo y el Padre una cosa somos."

Se verá en lo que hemos referido que no se autoriza ninguna prescripción doctrinaria, rito, lectura de libro alguno, dogma, o formulario convencional. Jesús se concreta a decir que el Padre, o bien el Espíritu, la Vida, se hallan en él; y que para ganar el poder y la sabiduría de los Hijos de Dios, se necesita que la Vida, el Espíritu, el Padre se hallen en nosotros. Delante de sus oyentes, dando pruebas de la Divinidad que resplandecía en su interior, sellaba sus enseñanzas en esta forma alta y solemne: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida." O en esta otra de belleza inapreciable: "Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad *es necesario* que adoren." Si sustituimos el término Dios por el de Teosofía, el Logos de Platón, el Verbo de Juan, la antigua Gnosis de las sociedades místicas, el Hombre Nuevo de Pablo, y yendo más lejos, por el Gupta - Vidya de los indos, concluiremos, de cierto, en que los fundamentos de la enseñanza cristiana son los mismos de la enseñanza teosófica. Para mayor claridad diremos: que un cristiano vale lo mismo que un teósofo. Los vocablos cristiano y teósofo resultan sólo denomi-

naciones convencionales de una misma Sabiduría Sagrada. De esa manera el judío, el mahometado, el budista, el brahman, sea este o aquel el ambiente religioso de un hombre que haya despertado en sí el esplendor y el poder de su naturaleza espiritual, merece indistintamente el nombre de teósofo o de cristiano.

Ni Jesús ni la Teosofía aconsejan seguir tal o cual personalidad. leer tal o cual libro. La Teosofía puede decir como Jesús: "El espíritu es el que da vida." Jesús puede decir como la Teosofía: "No hay religión más elevada que la verdad." Ambos pueden confesar, a la vez, lo que Jesús respondió a Pilato: "Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz."

El *Quarterly*, desde su punto de vista, lleva a persuasiva finalidad el comentario que le inspira el folleto del caso, y sugiere la idea de que la presencia divina de la Teosofía se conoce por los frutos que da. De semejante modo confirma la Revista el hecho, de observación corriente, de que la esfera de actividad de un hombre, la índole de su conducta, el género de su labor, la importancia de sus tendencias dentro de su grupo social, deriva todo de la calidad de su naturaleza interior. El homicida viene de su adentro. El conquistador de pueblos desata de su adentro los crueles magnetismos que alargan y recogen la diestra de su espada feliz. El genio, o el santo, vienen de su lado recóndito, a la semejanza de la flor que nace del secreto del jugo o de la alquimia íntima del árbol. Si llenamos, pues, nuestro ambiente exterior de la expansión y mérito de nuestro ambiente interior, se nos conocerá por la cantidad de espíritu que esparzamos a nuestro alrededor, ya como un discípulo de Cristo, o como un creyente de la Teosofía.

Lo significó Jesús en el siguiente dicho: "Yo soy la vida, vosotros los pámpanos: el que está en mí (Teosofía, Gnosis, Cristo,) y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí, nada podeis hacer." Lo testifica también Santiago, el hermano del Señor, cuando declara que: "La Sabiduría (Sophia) es de lo alto: primeramente pura, después pacífica, modesta, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, ni juzgadora, ni fingida. Y el fruto de justicia en paz se siembra para aquéllos que hacen paz." Pablo de Tarso, en su carta a los gálatas, lo testifica de igual manera: "Amor, gozo, paz, tolerancia, caridad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, son los frutos del Espíritu."

Ser: hé aquí la Teosofía. Expresa la afirmación de lo más alto en nosotros. Ningún factor acumula más fuerza en sí que el teósofo práctico, ninguno tampoco la distribuye más en el ambiente de nuestros días. Desempeña una tarea de reconstrucción, y prepara una edad nueva.

Su fuerza crece en proporción al crecimiento de la presencia divina en él, la misma inspiradora presencia de los conductores excepcionales, que soportan sobre el corazón, aun para el dolor, aun para el sacrificio, la carga del mundo, y le dan sitio y camino.

Al tocar este punto de la tesis propuesta, salta a la vista la necesidad de asumir la adecuada actitud interna de la ética teosófica para acoger, en espíritu y verdad, al Maestro venidero. No entre los doctores de la letra que mata se le recibirá, ni por la virtualidad convencional de un diploma, ni por rito alguno, ni por la observancia de un dicho autoritario y personal. Porque debemos advertirnos, a cada momento, de que los Maestros están cerca sólo de dondequiera que se les viva. Advertirnos de que nos hallaremos prontos a la suprema navidad que se espera, únicamente en el caso de que repitamos en nosotros el ejemplo de los pámpanos del Evangelio que prosperan en la vid de los Cristos.



El Canto de la Vida.

por Charles Johnston.

Son los Evangelios la perfecta flor de la Palestina. Son los Upanishads el tesoro primero de la India antiquísima. Oculto en las Parábolas del Reino vive el corazón del mensaje galileo. Aquellos fragmentos, y con todo, acabados dramas que forman la parte más pujante y luminosa de los Upanishads, encierran los secretos más profundos de la madre India. Muchos de esos trozos del Misterio hay: la contienda de Brahma y de los Devas, el rey Muerto y Nachiketas, los discípulos de Pipalada, Bhriyu y Varuna, el padre de Shvetaketu, Uddalaka y el Rey, las respuestas de Yajnavalkya, Indra y el Demonio, y por sobre todo, el diálogo de Yanaka y el Sabio, aquí narrado. Precede a la enseñanza una moderna paráfrasis; pero ninguna otra luz para la comprensión del Misterio que la propia del Espíritu.

Primera parte: LA ENSEÑANZA DE LOS MISTERIOS.

Siempre en nuestros oídos la Vida sus secretos susurra, nos llama a las estancias de eterna juventud, nos dice que abramos las puertas de nuestra divinidad, el sendero del poder invencible nos señala, al mortal el misterio del inmortal revela. Dentro de nosotros se nos invita a transmutar en verdad los sueños que hemos soñado de Dios.

Radia el día de una esperanza nueva en el mensaje de lo invisible, a la luz del sol venimos de las sombras de la noche; y las nubes que por largo tiempo llenaron de tinieblas los umbrales, se han ido. Se han ido

la pena y la angustia del mundo. Desde que la Cruz tendió su negra proyección sobre la tierra, la promesa de la inmortalidad se ofreció sólo a quienes tornaban de la amargura del valle, cuyos vestidos fueron luto, desesperación la mejor esperanza. Su Maestro se llamó el Hombre de las Tristezas; la consigna, Renunciación. Pero hemos dejado atrás, el viejo evangelio del dolor. Nuestra nueva consigna se llama Victoria, se nombra señor de Alegría nuestro genio. Renunciar, ya no más, ahora conquistar: vencer el mundo, y sólo la victoria tocará hoy las puertas de la inmortalidad.

El genio de nuestra época ha llegado muy cerca del secreto. En uno hemos refundido todos los ideales, en este: conquistar, ser fuertes. Poder, valor: nuestras divinidades. La riqueza, nuestra idolatría no tiene ya, sino la voluntad que la ha logrado. Hé aquí nuestro fin: el éxito; y nada percibimos sino el fin. También hasta de la muerte nos hemos olvidado, transformando ese viejo rey terrorífico en sombra gentil y amiga. Nada se recuerda, excepto ser fuerte. Un paso adelante, y hacia la inmortalidad se convertirá el poder.

Porque basta una corta experiencia de vida para enseñarnos que en los sensuales triunfos falla el ideal. Huye el sentido del poder, de allí, dejándonos desvalidos y menesterosos. Y cuando en el resplandor de esos triunfos se ve lucir pálido el oropel, entonces nos hallamos a los umbrales de lo invisible, y prontos a percibirnos más dignos que el fin sensual, nacidos para victorias más constantes y dilatadas. Sonó la hora de reclamar nuestra divinidad. En medio del éxito, el dedo del oculto inmortal nos toca, de la arena del mundo nos llama para que oigamos el rumor secreto de nuestra herencia. El hechizo sensual cae de nuestros ojos, y prontos a levantar estamos el negro velo de la muerte.

Cuando nos retiramos del éxito hueco, del breve apetito, de ese algo no tan excelente como para llenar los deseos del corazón, nos invade la calma de la soledad, en nuestras sombras el silencio se difunde. Desde ese sitio solitario y oscuro percibir podemos la visión del camino más claro; sorprender el secreto memorial de la vida humana. Hasta entonces, nos creíamos de lo visible prisioneros, de lo sensual amantes, siervos del destino corporal. Pero principiamos a presentir que, en verdad, nos da su apoyo el inmortal poder, a lo sensual sólo inclinándonos desde la vida elevada, sin jamás perder nuestro firme fundamento allí. En medio de la muerte permanecemos en la vida.

Nuestros destinos, así, corren entre dos mundos: el de los deseos y la muerte, el de la voluntad y la inmortalidad. Cuando, del modo como aprendimos a vivir de lo sensual, aprendamos a vivir de la voluntad, sere-

mos inmortales ya, vivientes del mundo inmortal. De aquí que nuestro culto de la voluntad nos acerca al portal de paz.

Este es el secreto que vaga en el silencio y en la sombra. Seguirá pronto una visión más clara de que, desde el principio, día tras día, mana nuestra vida del mundo inmortal. Pero este secreto, el más sencillo, nuestros deseos lo cubrieron con sus tumultos. Nosotros, así toda criatura, entramos cada día en lo invisible, sin saberlo. No recordaremos hasta que no venga a nosotros la paz del silencio, cuando retrocedamos victoriosos, no obstante sin ilusión, de nuestra batalla con la materia. Hasta después de esta renuncia, nuestros ojos no se abrirán.

Cada día empeñamos nuestra guerra con el mundo. Cada noche, cuando los latidos de los deseos y el vórtice de los sentidos cesan, nos sumergimos en lo que llamamos el sueño. Podríamos decir con más veras que nos erguimos bajo un despertamiento. Por algún tiempo las sombras de los deseos nos envuelven, rondan, mientras tardamos, a los bordes de los sueños. Así los deseos, así los sueños: bellos, hoscos, sombríos o radiantes. Pero se desvanecen pronto, pronto cesan, y el descanso llega a nosotros. Del reino de los sentidos pasamos al reino de la voluntad inmortal. A través, entramos, de los portales de oro, de maravillas más llenos que los fabulosos de cuerno y marfil, y por un tiempo nos glorifica la inmortalidad del poder, la inmortalidad de la paz. Porque sin poder no hay paz.

Más allá del país de los sueños, de la sombra de los deseos, las puertas de la paz se alzan. Por ellas penetran todos los hombres. Si así no fuera, la locura sería el lote de los hombres. Iguales son todos detrás del portal, de igual manera despiertan a la inmortalidad. A los umbrales desechan sus diferencias el pecador y el santo; y como vivientes almas puras entran juntas. Uno son, el débil y el fuerte; el glorioso y el humilde, uno son. Para todos el mismo cariño de los rayos del sol inmortal y del agua de vida; porque la gran Vida nos lleva en su bondad, y ahora estamos en medio de lo eterno. Todos, así, asistimos a más allá del velo de los sueños, nosotros, los nacidos igualmente de la misma mar de vida; todos en un solo esplendor, dentro de la terrible llama vital. Y eso olvidamos, sin embargo. De nuevo retrocedemos estremeciéndonos a través de los umbrales, a prisa tornamos a hundir en nieblas de sueños nuestra pura divinidad. Una vez más toma el santo su blanco traje; el pecador, toma del deseo, una vez más, la roja vestidura. Otra vez el débil asume su debilidad, y el fuerte su gozo. De nuevo sus sueños les son reales; y estos sueños forman nuestro mundo mortal.

A este volvemos con la vuelta del día, a vivir, por una breves horas más, con el vigor traído del mundo inmortal. De este modo, nos esforzamos, vacilamos, bajo la carga de los sueños, movidos por la esperanza, el miedo, el deseo, el odio. Es el miedo el más penetrante de los azotes, porque al tiempo mismo que cobardes, nos hace crueles. De nuestra divinidad, así apostatamos, desnudos de todo recuerdo por la legión de sombras que regidos por el miedo encontramos en el umbral. Con todo, entre lo fantástico, no hay ilusión más absoluta que el miedo. Somos los hijos de la voluntad, y sin embargo, los esclavos del miedo. Por esto nuestro ideal del valor nos lleva cerca del umbral, nos promete destruir el capitán de las sombras que cierra nuestro paso. Pero por un largo tiempo aun, las sombras del miedo acecharán en las oscuras guardias de nuestros corazones.



La Evolución y la Redención.

por John Charlton.

Han existido dos períodos claramente señalados en la actitud de los escritores de la religión cristiana acerca de los descubrimientos de Darwin y sus compañeros. La primera, por desgracia, fué de hostilidad, de ataque, consistió en aquellas tormentas descritas por Huxley con penetrante ironía, como el estrépito del tambor eclesiástico. El combate giró con mayor bravura en torno de la letra muerta de la historia de Adán, con quien estrechamente el argumento teológico relacionaba la doctrina de la redención.

Después hubo una actitud más prudente cuando se vió que las revelaciones de Darwin, la magna idea de la evolución, aun cuando él no le concedió importancia religiosa alguna, era, no obstante, en su esencia vital, profundamente significativa respecto de este último punto. Porque si la evolución expresaba un hecho en la vida física de los seres orgánicos, lo expresaba desde luégo en la conciencia espiritual de la raza humana. La verdad del desarrollo del cuerpo aparejaba la verdad del desenvolvimiento del alma, su crecimiento y esplendor ilimitados. El primer escritor de fuerza que percibió esa verdad se llamó Henry Drummond, quien en su meritorio libro *La ley natural en el mundo espiritual*, demuestra con vigor persuasivo que la ley del desenvolvimiento se realiza uniformemente en ambos mundos, o más bien en el único mundo del cual son aquellos sus dos aspectos; y que el crecimiento del cuerpo fundamenta y prepara el crecimiento del alma.

Casi al mismo tiempo dos eminentes físicos, Tait y Balfour Stewart, escribieron *El Universo invisible*, donde formularon, en favor de la inmortalidad, un argumento poderoso basado en las enseñanzas de la física elevada, demostrando cómo, desde que todo movimiento molecular origina un movimiento etérico, la suma de nuestras actividades personales manifestadas por el cuerpo o el cambio molecular en la sustancia del cerebro, puede ser continuada en un cuerpo etérico que construimos durante la vida. Sirve de nota fundamental al libro de Henry Drummond la declaración de Herbert Spencer de que, puesto que la vida consiste en la correspondencia con el medio ambiente, asimismo la vida inmortal significa el producto de una perfecta correspondencia con un perfecto medio ambiente. Drummond trata de probar que la vida divina, según se manifiesta en Cristo, constituye un perfecto medio ambiente; y que por la perfecta correspondencia con ese medio, entramos en su vida inmortal.

Una línea similar de raciocinio sigue Stewar A. McDowall en su libro, digno de nota, *la Evolución y la necesidad de la redención* (1912), que envuelve algunas de las mejores conclusiones del pensamiento moderno. El libro se divide en tres partes: primera, un lucido sumario de algunos aspectos de la evolución, con el intento bastante sutil, ingenioso y algo complicado de explicar los misterios de nuestros corazones y de nuestra voluntad por analogías tomadas de los comienzos de la vida en el océano, en los lentos e interesantes días cuando los primeros moradores de las aguas treparon a un lugar alto y seco, se entregaron a las libres novedades del aire y del sol, y de allí, a través de generaciones, hasta culminar en el hombre. La segunda parte se refiere a la vida del Maestro en la Palestina, a su obediencia inspirada y al sacrificio de su muerte, con un resumen de los razonamientos patristicos, escolásticos, dogmáticos, elaborados acerca de cada suceso de su vida maravillosa, y en especial de lo que se conoce como la doctrina de la expiación. La tercera parte revela un esfuerzo, muy agudo, a veces luminoso, para acordar esos dos complejos cuerpos de pensamiento, demostrar en qué forma la doctrina de la redención encaja en el punto de vista más amplio que comienza con una multitud de mundos, y luego traza, en nuestra tierra, los extensos horizontes que abrieron Darwin y sus compañeros, el panorama del desarrollo de la vida desde los primeros estremecimientos del limo protoplásmico.

Una de las cosas más notables del libro se encuentra en la analogía que establece Mr. Mc-Dowall entre esa interesante transición de la vida al emerger súbitamente de las aguas del océano y dar

comienzo a su desarrollo en la tierra, y la transición más interesante: todavía de la simple vida física a la mental y moral, de la corporal a la espiritual. Imaginémosnos, dice, un organismo "receptivo", esto es, un organismo capaz de responder, al acto, a los cambios ambientes, un organismo de la línea principal de la evolución, que de pronto se encontrara en un nuevo medio donde prevalecieran nuevas condiciones, no de sol y aire, sino de influencias supersensibles que de continuo ejerciesen sus poderes sobre él. ¿Fuera llevar, acaso, demasiado lejos la analogía si se supone que se iniciarían así nuevas y circunscritas y claras variaciones, suficientes para conducir aquel organismo a grados más elevados de conciencia, y por último, a la auto-conciencia? Esto último, determinando la facultad de una mayor respondencia a "las nuevas condiciones", produciría los fenómenos morales y espirituales de los organismos auto-conscientes. Semejante cambio súbito — la aparición de fenómenos de clase diferente a los anteriores — no se explicaría sino como un caso preciso de "variación discontinua". ¿No es posible, a lo menos, que la causa de la aparición de los fenómenos morales y espirituales, de su aparición esporádica e imperfecta en algunos grupos inferiores de animales cuyos hábitos coloniales o gregarios han favorecido su manifestación hasta cierto grado, de su omnipresencia e importancia en los hombres — las criaturas superiores — sea porque el organismo ha logrado un estado en que el ambiente circundante, de naturaleza diferente a las condiciones acuáticas o terrestres, puede influirlo? Por supuesto que se entiende, con toda claridad, que ese ambiente no vino de pronto a la existencia. Lo que ha sucedido simplemente es que un nuevo factor del medio se ha hecho activo, gracias a que el organismo ha logrado un estado en que semejante factor puede manifestarse.

Tocante a la parte teológica del libro, no daré ni siquiera un bosquejo. La ilustraré con el siguiente párrafo: Dice el autor que si un hombre ha de salvarse, debe aceptar a Cristo. Eso es cierto, si algo significa el cristianismo. Pero el tiempo carece de límite fijo. El tiempo no existe para Dios. Sin duda que la muerte demuestra un gran cambio físico, pero no corta la continuación de la personalidad. En la personalidad, contraria a la física, descansa la natural promesa de la inmortalidad. Es sólo un cambio, para la persona, la muerte, bien un cambio de vestidura, o seguramente la adopción de otras vestiduras de existencia.

Hasta aquí el libro de Mr. Mc-Dowall. Tiene mucho de valioso y sincero. A mi juicio, el autor es experto tanto en el campo biológico

como en el teológico, y no dudo que mucha gente, al igual de él, han percibido la importancia y necesidad de ambos. Pero manteniéndolos divididos en sus mentes, se encuentran todavía totalmente incapaces de armonizarlos. De su reconciliación ganarían luz y complacencias genuinas.

Reconozco todo esto de buena voluntad; pero me pregunto si mucho de la discordia y de la falta de reconciliación no será debido, no tanto a una real desarmonía, como al tremendo afán de argumentaciones de nuestra mente, que en vez de tomar la vida en su aspecto sencillo y puro, amontonan Osa sobre Pelión, construyendo montañas de ingeniosos razonamientos hasta casi hundirse bajo su peso.

No habrían tenido motivo a existir muchísimas de las penas y angustias mentales de varios siglos, si hubiéramos observado el sabio ejemplo del Maestro y su método de tomar la vida sencillamente, descansando en la experiencia espiritual y aplazando todo argumento y teoría cosmogónicos. Es probable que tuviera una razón profunda y positiva para la ausencia de hipótesis que señala sus enseñanzas. Su fin era práctico; sus pruebas, dinámicas. Condujo los hombres a la ejecución de ciertas cosas, a propósito de que lograran, por la actividad de los poderes vitales, convertirse en ellas. Los condujo por caminos de crecimiento y transformación; y quizás comprendió con toda claridad que, después de un crecimiento, por pequeño que fuera, verían el mundo con nueva visión, verían que todas las cosas cambiaban por el cambio realizado en ellos mismos, sin que sea simple metáfora decir que verían un cielo y una tierra nuevos. Jesús fué un completo evolucionista. Para enseñar el desenvolvimiento de nuestra vida, arrojaba luz sobre el crecimiento espiritual citando el crecimiento de lo natural. Muchas veces aquel crecimiento lo comparó con el de la planta, con el del árbol que brota de la semilla. De la misma manera se desenvuelve y crece la vida espiritual, pero no limitada a la medida del trigo fecundo que centuplica el fruto, o a la expansión del espacioso árbol en cuyo ramaje construyen los pájaros sus nidos, sino ilimitada, extensa como el cielo, perfecta en el grado del Padre perfecto. Colocó al hombre en el camino del infinito desenvolvimiento, por la fuerza dinámica de la propia vida, de la voluntad, del amor, reservando las teorías para cuando, abiertos los ojos a una nueva visión, fueran capaces de percibir el mundo verdadero. Insinuó muchas veces que debe nuestro crecimiento arrancar de una nueva dirección, pero no en la línea de una vida corporal más complicada. Prácticamente se anticipó a la moderna creencia científica de que el cuerpo físico ha tocado ya, casi el límite

de su posible desarrollo. Lo había tocado, en verdad, decenas de millones de años há. Pero si hemos de crecer, nos importa tomar otra dirección, no estrechándonos u oprimiéndonos con los asuntos materiales, sino intrépidamente abriéndonos paso por un nuevo mundo, muriendo para vivir, transformándonos por entero como se transforma la larva que surge de la crisálida y resplandece a la luz del sol como una alada y bella creación.

Si creemos que el nuevo mundo donde debemos entrar se encuentra, digamos, poseído por la conciencia del Maestro, puede suceder que entremos en él por la unión de nuestra conciencia con la del Maestro, la que sirviéndonos de mediadora nos pondrá a tono con lo divino; o bien extendido como un puente sobre el abismo de lo que somos y de lo que seremos, nos permitirá pasar de la muerte a la vida. Tal vez consista en esto la razón del sacrificio de la muerte: demostrarnos, por un tremendo ejemplo, el proceso de nuestra transformación, y al mismo tiempo construir el puente que nos conduzca a lo invisible. Quizás entrañe mayor sentido la tragedia de la muerte del Maestro, pero lo cierto es que significa la revelación, por medio del dolor y del esplendor, de aquel cambio que llevará nuestros pies por vías ilimitadas y nuevas. Ya en este estado nos encontramos en aptitud de una realizable y a menudo realizada experiencia. “Yo muero—dice Pablo— y resurjo con él una nueva criatura”, palabras que repiten generaciones sin cuento de las que han osado avanzar por virtud del amor. Esto no es teoría, sino vida, la grande, la sagrada vida que siempre arde en nosotros, en tanto que las teorías y los razonamientos se van con las estaciones y las súbitas fantasías de la mente.

Y si nosotros, por obediencia a las reglas, tenemos a nuestro alcance la facultad de entrar en una vida renovada, y siguiéndolas, morir y vivir, iniciados en un nuevo esplendor del sér; si en nuestro yo, en la presente vida, y gracias a la directa y segura intuición por la que nos reconocemos vivientes, somos capaces de participar de la inmortalidad y de la conciencia de ella, no es tan natural como inevitable creer que el Maestro que nos confió las reglas, pasó por la misma transformación, y vive, según lo declaró que viviría, soberanamente dinámico y efectivo, ahora como entonces escrupulosamente cuidadoso de la libertad de nuestras voluntades, aguardando, sin infringir nuestra divinidad, el libre cambio de nuestros corazones? Creemos por directa experiencia en la resurrección, de la muerte a la inmortalidad, por nosotros y por él; creemos en la resurrección por lo que nos hallamos en capacidad de probar en nosotros: nuestro crecimiento, nuestra transformación que

nos descubre mundos desconocidos. Interpretamos la experiencia de los primeros discípulos por la nuestra. No creemos en nuestra espiritual transformación por lo que nos dicen de la resurrección; creemos lo que nos dicen de ella por lo que podemos probar en nosotros.

Y aquí nos es posible, quizás, decir algo de lo que nos parece una deficiencia del libro de Mc-Dowal, cuya cita hemos hecho por ser un buen ejemplo del mejor pensamiento de hoy. Dice mucho de admirable y bello de la muerte de Cristo, pero, parece, que poco de su resurrección. Tal vez cometo injusticia si consigno la opinión de que piensa él como muchos hombres sinceramente religiosos, quienes, al modo de Renán, creen que las visiones de los discípulos sólo fueron las generosas ilusiones de una fe ardiente. ¿Pero semejante juicio no se deberá a la incompleta comprensión de las enseñanzas de la ciencia como esa que el mismo Mc-Dowal pretende remover: la creencia de que se contradicen la enseñanza de la evolución y de la redención? ¿Acaso no tendremos la llave de la dificultad en la moderna doctrina del mundo invisible y de sustancias y fuerzas más sutiles, en la posibilidad, ya formulada por Tait y Balfourt Stewart, de un cuerpo etérico, y de que este cuerpo fué el mismo de la resurrección, habiéndose disipado después de la muerte el cuerpo material? ¿No haría esto posible tanto las apariciones después de la resurrección y lo extraño de algunas de ellas, como la aparición en un cuarto cerrado, y la inversa desaparición, llamada la ascensión? Por lo que ahora sabemos de la materia, y de su dependencia de otra materia más sutil y duradera ¿no es elemento bastante para hacer aquello no sólo posible, sino casi inevitable?

Así me parece que esa cuidadosa labor para establecer contrastes entre las enseñanzas de la evolución y la doctrina de la redención, y su aun más laboriosa reconciliación, además del grande esfuerzo mental y moral que requiere, pudo, quizás, haber sido innecesaria con mayor sencillez de corazón. Si nos contentáramos sólo con descansar en nuestra propia experiencia directa, de profundizarla y enriquecerla siguiendo las reglas que se nos han dado; si ganáramos algún conocimiento práctico de lo que significa morir para poder vivir, obedecer para ser libres, cuánto más felices fuéramos. Felices, porque escasas cosas en la vida humana se presentan más duras, estériles, dolorosas que esos largos procesos de razonamientos antes de la experiencia, estimuladores de amargas controversias, hasta el punto de que millares de hombres han ensangrentado la historia por un argumento sobre la Misericordia Infinita; más felices, también, no sólo por lo que evitamos, sino mucho más por lo que ganamos del esplendor, de la incomparable

benevolencia, de la paz superior de nuestra verdadera vida inmortal. Desde el principio el Maestro de los hombres ha soportado el peso de muchas cruces; pero pocos quizás más doloroso que el peso agobiador de la controversia religiosa entre aquellos a quienes él pide se conviertan en niños para que principien a creen en la vida real.



El Cultivo de la Concentración.

por W. Q. Judge.

El éxito en el cultivo de la concentración no se promete al que irregularmente trata de alcanzarlo. Surge de "una posición firmemente asumida respecto de un fin señalado, y sostenido sin cesar." Los estudiantes del siglo XIX son muy propensos a creer que el éxito en ocultismo se puede obtener como se obtiene en la escuela o en el colegio, leyendo y aprendiendo *palabras impresas*. El conocimiento que se tenga sobre todo lo que se haya escrito acerca de la concentración, no confiere ningún poder en la práctica de que trato. En esta escuela se ridiculiza, tanto como el patán, la simple sabiduría de libros. No digo que se eluda ese conocimiento, sino que, sin la concentración, resulta tan inútil como la fé sin las obras. Me parece que en algunos libros se le llama la "simple sabiduría del ojo." Y en efecto, así es: el mismo género de cultura que tanto respeto merece en esta época degenerada.

En el principio de este escrito se le dio el nombre de Ráj-Yoga a la práctica legítima. Rechaza aquellos ejercicios físicos de posturas y recitaciones que se relacionan sólo con la personalidad, y enseña al estudiante que la virtud y el altruismo fundamentan su punto de partida. Esto, a menudo, se desdeña más bien que se acepta. Tanto se ha dicho durante los 1800 años acerca de rosacruces, adeptos, egipcios, maestros secretos, la Cábala y los maravillosos libros de magia, que los estudiantes que carecen de directores, sintiéndose atraídos, piden informes, y buscan en vano la entrada en el templo del saber; porque opinan que aquellos preceptos de virtud son propios para los niños de pecho y escuelas dominicales, pero no para ellos. De aquí que nos encontremos con centenares de libros en todos los idiomas europeos, libros de ritos, ceremonias, invocaciones y otras tenebrosidades que no producirán más que pérdida de tiempo y de dinero. Pocos de estos autores tienen algo más de la "simple sabiduría del ojo." Verdad que a veces gozan de reputación, pero que no pasa de ser otra cosa que la que acuerdan a un igno-

rante otros más ignorantes que él. Los llamados grandes hombres, sabiendo cuan fatal resultaría a su fama confesar la exigüidad de su conocimiento práctico, charlan acerca de "proyecciones y elementales," de la "piedra filosofal," del "elixir;" pero discretamente ocultan a sus lectores su insuficiencia y la inseguridad de su estado mental. Entienda, pues, el investigador, una vez por todas, que de las virtudes no se puede prescindir ni ignorar, tienen que formar parte de nuestra vida, y por lo tanto, precisa conocer su base filosófica.

Pero se preguntará si en el cultivo de la concentración la sola práctica de la virtud nos daría el éxito. A esto diré que nó, no en esta vida, sino quizás en una vida futura. Una vida virtuosa acumula muchos méritos que nos procurarán, en algún tiempo, nacer dentro de una familia de sabios donde, acaso, principie la verdadera práctica de la concentración; o bien nos llevarán a nacer en una familia de devotos o de séres bastante avanzados en el Sendero, según las palabras del *Bhagavad Gítá*. Pero semejante nacimiento difícilmente se obtiene, dice Krishna. De aquí que no siempre nos conduzcan las virtudes, en breve término, a nuestro objeto.

Debemos resolvernó a una vida de constante trabajo en esta línea. El perezoso, como el que sólo busca el placer, bien pueden renunciar en el umbral y contentarse con los agradables senderos señalados a los que "temen a Dios y honran al Rey." Hay que recorrer inmensos campos de investigación y experiencia, hacer frente a peligros inesperados y fuerzas desconocidas; y además, hay que vencerlo todo, porque en esta *batalla ni se implora ni se da cuartel*. Es menester descubrir enormes caudales de conocimiento, y apropiárnoslos. El reino de los cielos no se conquista por la súplica, debe *tomarse a la fuerza*. Y el único camino para ganar la voluntad y el poder de apropiárnoslo y retenerlo se encuentra en la adquisición de las virtudes por una parte, y en el hondo conocimiento de nosotros mismos por la otra. Llegará el día en que veamos por qué ningún pensamiento que pasa puede ser ignorado, ni omitida ninguna impresión fugaz. Y esto, nunca tarea fácil, como se observa, sino obra gigante. ¿Habéis notado alguna vez que la simple visión fugaz de una escena, o una sola palabra, al instante perdida en el bullicio del mundo, da origen a un sueño que convierte en tormento la noche, y reacciona sobre el cerebro al día siguiente? Todo debe examinarse. Si no lo habéis notado, entonces, cuando despertéis al otro día, tenéis que repasar en la memoria todas las palabras y circunstancias del día precedente, buscando, con el interés del astrónomo a través del espacio, la visión momentánea, o la palabra perdida. Y de

igual modo, fuera de esa razón tan especial, tenéis que aprender a remontaros a los días anteriores, para que registréis, con cuidado y en detalle, todo lo sucedido, lo que cruzó por vuestro cerebro. ¿Se trata, acaso de algo fácil?

Pero volvamos, por un momento, a los supuestos Adeptos, a los que se reputan Maestros, bien sean de miras sanas, o lo contrario. Pongamos por caso a Eliphas Lévi que escribió tantas cosas buenas, y cuyos libros abundan de misteriosas insinuaciones. Se condena por sus propios libros. Con gran aparato nos habla de la sombra de Apolonio. Con semanas de anticipación dispuso toda suerte de preparaciones, y se ejecutaron graves, sombrías y absurdas obras nigrománticas. Cuál el resultado? Pues que tan sólo, por escasos instantes, apareció el llamado espectro, y dice Lévi que nunca más repitió la tentativa. Cualquier buen miembro de nuestra época podría invocar la sombra de Apolonio sin preparación alguna; y si Lévi hubiera sido un Adepto, habría visto al muerto con la misma facilidad que si hojease un álbum para conocer su retrato. Nada se gana, en verdad, con esas operaciones incorrectas y exteriores preparaciones, sino un perjuicio para los que se dan a ella. Y los teosofistas de América que tontamente ensayan las prácticas de los Yogis de la India, de los que no se conoce ni la octava parte, e inadecuadas para ellos, recogerán consecuencias, con mucho, peores que el experimento apócrifo apuntado por Eliphas Lévi.

Y como tratamos con la inteligencia occidental, la nuestra, inexperta en esto, sobrecargada con la pesadumbre de una falsa educación y de una lógica más falsa todavía, debemos principiar desde donde estamos, examinar nuestras actuales posesiones, conocer nuestros presentes poderes y estructura mental. Hecho esto, nos hallamos en capacidad de avanzar hacia aquel sendero que mejores resultados nos reporte.

DE LOS PODERES OCULTOS Y DE SU ADQUISICION

Se cuentan millares de personas en los Estados Unidos, de todas las clases sociales, que creen en la existencia de ciertos poderes ocultos extraordinarios, posibles de adquirir. Estos poderes como la adivinación del pensamiento, la clarividencia, el descubrimiento de los asuntos de los demás, la traslación de objetos, y otras cosas por el estilo, son los más solicitados, casi todos con fines egoístas. Y estos ardientes deseos se apoyan, aquí y allá, por individuos y sociedades que ofrecen a los incautos engañosas esperanzas de que, mediante el pago de dinero, pueden invocarse los poderes de la naturaleza.

Y sucede que hasta algunos de nuestros miembros no se hallan libres de la culpa de haber buscado ese maravilloso fruto del conocimiento, unidos a los que trocarían, si pudiesen, al Todopoderoso por dinero.

Otro grupo de teosofistas fervorosos andan por rumbo distinto. Creen que ciertos Adeptos, que con toda certeza poseen poderes sobre la naturaleza, y ven y oyen a través de las distancias, y trasportan objetos sólidos, venciendo espacios, y hacen aparecer en remotos lugares mensajes escritos, acompañados de preciosos sonidos de campanas astrales, creen que deberían intervenir, y mediante el ejercicio del mismo poder, lograr que esos fervientes discípulos perciban los sonidos ordinariamente llamados ocultos, y de esta manera comunicar, con facilidad, informaciones y ayuda sin la asistencia del telégrafo o del vapor correo. Pero ya se ha afirmado, muchas veces, que estos seres no realizarán semejante obra; porque el reino de los cielos no se da de balde. Es preciso "tomarlo a la fuerza." Hélo allí ante nosotros, para que se éntre en él, y se le ocupe; pero esto sólo ocurrirá después que se libre una batalla, se libre y se gane, y una vez ganada, se le concede al vencedor el derecho de quedar en la tranquila posesión de su triunfo.

Como muchos parecen haber olvidado estos preceptos, creo oportuno ofrecerles las siguientes palabras de uno de esos verdaderos Adeptos, a quienes procuran encontrar:

"No es tan fácil como imaginario, conquistar las facultades de oír sonidos ocultos. Nunca se dispensó a ninguno de nosotros; porque vale una regla inflexible que los poderes que uno adquiere *deben ser por sí mismo*; y luego de adquiridos y utilizables, yacen latentes e inactivos, en potencialidad, como las ruedas de una caja de música, sólo que entonces se tiene la capacidad de ponerlas en movimiento, dándole vuelta a la llave. Sin embargo, cualquier individuo de ánimo fervoroso *puede* obtener prácticamente semejantes poderes. Esto es el resultado. No existen más distinciones de personas que las que existen para quienes el sol da su luz, y su vitalidad el aire. Hé ahí, pues, ante vosotros, los poderes de la naturaleza entera: *tomad lo que podáis*. Está esto harto claro y estrictamente de acuerdo con el Cánón Secreto: "Cuando los materiales se hallen listos, aparecerá el arquitecto; y cuando *adquiramos* los poderes buscados, educiéndolos de nuestro sér interno, entonces el Maestro estará pronto, y en aptitud de poner en movimiento lo que hayamos obtenido."

Mas hé aquí, todavía, un punto importante, y consiste en que si el Maestro puede, por decirlo así, mover la llave e impulsar el mecanismo,

también cabe su negativa para el impulso necesario. Por razones que se relacionan con los motivos y la vida de los estudiantes, sería bueno el consejo de que no se permitiese, por cierto tiempo, el ejercicio de estos poderes que "yacen latentes e inactivos en su potencialidad." Sancionar su uso conduciría, en unos, a la ruina de otras vidas; y en otros, a desgracias personales y retardos en el verdadero progreso.

Por estas circunstancias, el Maestro dice que, muy a menudo, no sólo se negará a dar el impulso, sino que, más aun, impedirá que se muevan las ruedas.

HE AHI, DELANTE DE VOSOTROS, LOS PODERES DE TODA LA NATURALEZA: TOMAD LO QUE PODAIS.



La Grande Ilusión



El Comercio.—La Política.—La Teosofía.

por Tito Alba.

I

"La Grande Ilusión" es un libro nuevo, de Norman Angell, que se ha leído con encomio y cariño por los pensadores de ambos continentes. No viene henchido de teorías brumosas, o de quejumbres humanitarias. Aporta una cantidad de luz caliente y sensible para los ojos de los mayores Estados modernos, con el ánimo de que despierten a la percepción de sus prejuicios y error como potencias militares. Los argumentos toman arraigo en la claridad de una lógica rotunda, en estadísticas y hechos de orden diario. Aparece este libro poderoso en una oportunidad superior: cuando se opina, con bastante valimiento, que la marina de guerra y el ejército dan de frutos el poderío industrial y mercantil; que la riqueza indefensa se expone al riesgo de ser capturada; que la adquisición de tierras fértiles, de ricas zonas, equivale al aumento del tesoro de un país; que las razas guerreras son las llamadas al mando del mundo; que la naturaleza prescribe la supervivencia de los más aptos en la lucha por la existencia. Llega en la oportunidad de una psicología de esa especie, ratificada por el trueno de Mukden, antes por Molke, y ahora recientemente por la guerra de los Balkanes.

Norman Angell sopla, como sobre una neblina, sobre esa psicología rancia, y sobre los pretextos que llevan a pelear pueblos. Y tenemos de cierto que la conquista política no apareja la necesaria razón de una conquista económica, en lo que se refiere a la masa. El análisis del asunto demuestra, a las claras, que nada concurre a justificar el parecer de la mayor parte de los estadistas de actualidad que atribuyen a los armamentos el vigor y florescencia de la riqueza pública, en tanto que el mismo análisis acredita la actitud de los partidarios del desarme general, dentro de las conveniencias legítimas de la humanidad.

Desde luego, dos bandos se constituyen: el militarista, que busca el pan por el despojo, y el opuesto, que lo busca por el crédito. El primero duda de la fe de los tratados y de la eficacia práctica de lo que se ha venido nombrando el derecho entre las naciones; y, en consecuencia, confía al soldado y a la flota, especie de frontera móvil, el resguardo y mantenimiento de la frontera fija. La frontera móvil, por la elasticidad que, en un momento dado, espera aprovechar del concurso de circunstancias favorables, conserva y reanima el sueño y la esperanza de las fronteras posibles. Las fronteras posibles nacen del concepto de que la dilatación del área territorial envuelve una correspondiente amplitud del área económica; y así se interpreta como sombra de espada, toda la vasta cultura de nuestros días.

El otro bando opuesto acusa de ilusionarios a los sostenedores del sistema de la guerra, desde luego que, en el supuesto caso de que Alemania venciera a Inglaterra, esto no implicaría forzosamente la desaparición del comerciante británico, ni de las condiciones y méritos de sus fábricas, ni de la demanda de sus industrias. Sus artefactos y manufacturas continuarían invadiendo el mercado y conservando invariable la misma antigua rivalidad, en pie el mismo taller, en función los mismos braceros. Ni disminuiría ni aumentaría el tesoro de la población germánica, salvo una eventual prosperidad política que se consumiría, sin duda, y de pronto, por la urgencia de formidables recursos de conservación y defensa reclamados por el Imperio acrecido y dueño. El conquistador no podría impedir la reaparición de las anteriores dificultades, agravadas además por el enorme, el arduo problema peligroso de su ineficacia, ahora, para el resguardo de territorios y de necesidades nuevas. No obstante la victoria, quedaría amenazada la situación germánica, ya por su flota menoscabada a consecuencia de la guerra, o por un brillante botín colonial sin defensa bajo sus águilas, y a la vez que por la reacción inevitable y perenne de grandes pueblos heridos, también por el grupo de las Potencias, que desde la línea de sus baterías

y de la torre de sus Dreadnoughts, vigilan el mundo para cambiar su mapa. La posición de Alemania presentaría el caso de una victoria sin posibilidad de consolidarla, en medio del peligro de la recelosa diplomacia inter y extra europea que no acepta el crecimiento de poderíos insuperables, únicos, absorbentes, o árbitros de la paz y de la guerra. Entonces ¿cuál el provecho?

Resalta en la cuestión un punto que importa ilustrar, ya que la entidad política del Estado, estudiada su naturaleza, no coincide con la estructura económica en el sentido de la subordinación de ésta a aquél. Cierto que la teoría de la dependencia sirve de apoyo a la credulidad de los estadistas acerca de los beneficios de la conquista. Semejante credulidad no mereciera el concepto de ilusoria si aquella dependencia resultara un hecho experimental; pero la política sólo expresa una vida circunscrita, en tanto que el comercio exhibe la vasta complejidad de una vida trascendente y universal. La patria política se afirma y define en la afirmación y definición de su cerco territorial, en el espíritu de sus instituciones activas; constituyen un yo, un yo de psiquis propia y característica, auténtica, autónoma, deliberante, dentro de su preciso espacio geográfico, experimentando ella sola, de manera exclusiva el principio y término de sus transformaciones y vaivenes a lo largo de la extensión de su mecanismo constitucional. Si Holanda adoptara el sistema republicano por el monárquico donde ahora se desenvuelve, ningún cambio se derivaría en el estado y magnitud de su comercio. Porque ambas fuerzas giran en órbitas que no se tocan. La una, conforme queda expuesta, es nacional; internacional, la ótra. Norman Argell dice que *el finado Lord Salisbury hacia esta significativa observación: la conducta del hombre de negocios cuando obra individualmente, en su capacidad comercial, difiere radicalmente, en sus principios y aplicación, de la conducta del mismo cuando obra colectivamente y para efectos políticos.*

Y haciendo resaltar la futilidad de los armamentos, dice Angell:

Los únicos factores que toma en cuenta el capitalista son la seguridad y el provecho; y al medirlos y calcularlos, el capitalista ha llegado a la conclusión de que los valores de las naciones indefensas están más seguros que los de otras defendidas por armamentos colosales.... porque un conocimiento de las finanzas.... le enseña que en nuestros días la riqueza no necesita ser defendida porque no puede ser confiscada.

Y de este otro modo:

Así, como indicio notorio, aunque incompleto, de la riqueza y seguridad relativas de los Estados respectivos, se ofrece el hecho de

que la Deuda del 3% de un país inerte como Bélgica, se cotiza al 96, en tanto que el 3% de la poderosa Alemania no alcanza sino al 82; y el 3 y medio % del Imperio ruso, con sus 120 millones de habitantes, y sus 4 millones de soldados, se cotiza al 81, mientras el 3 y medio % de Noruega, que no tiene por su parte ningún ejército absolutamente.... se cotiza al 102. Todo lo cual nos lleva a la conclusión paradójica de que cuanto más se protege militarmente la riqueza de una nación menos segura se halla.

O así:

... las seguridades de Suiza o de Holanda son superiores como garantía a las de Alemania; y las empresas industriales de un país como Suiza, defendido por un ejército de opereta, son preferibles, como seguridad, a otras empresas respaldadas por tres millones de soldados, los mejores del mundo.

El autor cita el cálculo del doctor Bertillón sobre la riqueza del individuo en cada país, resultando el alemán adulto con 9.000 francos, y el holandés con 16.000.

En otra parte se lee:

... los papeles de crédito de los pequeños Estados, exentos de toda amenaza de confiscación, y libres, en parte al menos, de la dispendiosa carga de los armamentos, se cotizan 15 ó 20 puntos sobre los valores de las naciones militarizadas. Bélgica podría desaparecer un día u otro, pero su riqueza quedaría prácticamente indemne.

Y discurriendo sobre la expansión territorial comprueba que:

Prusia conquistadora paga, por cabeza, exactamente lo mismo que Alsacia conquistada y no menos; y si Alsacia no le pagara esta suma a Alemania, tendría que pagársela a Francia, aunque a ésta... le pagaría en realidad una suma mayor. Y si Alemania no poseyera a Alsacia-Lorena, se vería exenta de costos que son, no de uno, sino de muchos millones. El cambio de posesión no altera, por tanto, la cuestión monetaria... ni para el poseedor, ni para el poseído.

La anexión del Schleswig Holstein y de la Alsacia por Alemania, no aumentó en un céntimo la riqueza particular de ningún alemán. Aunque Inglaterra "posee" el Canadá, el comerciante inglés se ve arrojado de los mercados canadenses por el comerciante suizo, que no posee el Canadá.

Suiza sostiene una guerra de tarifas con Alemania y triunfa. La historia íntegra del comercio de las pequeñas naciones enseña que el prestigio político de las más grandes no les da ninguna ventaja comercial.

II

Interpretado en el sentido de experiencia vivida y actuante, el comercio manifiesta, entre todas las actividades de los países, el poder que más integra en sí el acercamiento y fraternidad de ellos. Por encima de las fronteras, y como si no existiesen, combina y traba el internacionalismo de sus intereses, erigiendo, a pesar del rencor de los Estados o de la represalia inexplicable de los gobiernos, una patria del mundo, donde el hombre trata en paz, da y recibe, en justicia, pan y oro, valora sus energías y las estimula, y prepara los elementos de una gran concordia universal al difundir, con el intercambio de los productos, el intercambio de las emociones, de las ideas, de las costumbres, de las diversas culturas. El comerciante americano o el francés por los mercados extranjeros, no cifran en el prestigio de su cuna el éxito de sus operaciones, sino en el mérito y bondad de lo que venden. Y gracias a la extensa red del dominio del comercio, tan fundamental en las sociedades, la conquista, seguida del despojo, clavaría a un mismo tiempo el filo de su hierro en los vencidos que en los vencedores. Normal Angell lo esclarece en forma inatacable cuando demuestra que el saqueo de los sótanos del Banco de Inglaterra por un ejército de Alemania "lo pagaría con creces el comercio alemán; y las instituciones financieras de este país ejercerían toda su influencia sobre su Gobierno para que pusiera fin a una situación desastrosa para su comercio, y las finanzas alemanas sólo escaparían de la ruina completa mediante el compromiso expreso del Gobierno de respetar la propiedad privada y especialmente los depósitos bancarios."

Tratando de reducir a su expresión más sencilla los términos de la compleja solidaridad financiera, para que se perciba directamente la mutua subordinación protectora que ordena, dentro de las contingencias de un mismo destino, a las diversas naciones, Angell establece el ejemplo de cultivadores de trigo que habitaran un lado de la frontera, y de productores de carbón, del otro lado. El apoyo que se prestasen, obediendo a causas de necesidad, no de altruismo, haría que la existencia de cada uno de ellos se hallara vinculada a la tarea del otro. Así, el cambio y la retribución los mantendría en una dependencia de tal magnitud, que cualquier incidente perturbador en la regularidad de una u otra de las faenas desempeñadas, los afectaría a todos conjuntamente. Désele a esta estructura rudimentaria la creciente multiplicidad de los

factores del trabajo en el decurso de cuarenta años, y comprenderemos por qué en las conveniencias modernas sirve Alemania de venero de explotación de Inglaterra, lo mismo que ésta de aquélla; y tejen una especie de trama inquebrantable y vital, con los hilos de su reciprocidad económica, New York y Londres, Londres y París, París y Berlín, etc., etc. Dígase lo que se quiera, hoy apunta, y crece, en desmérito y desvaloramiento de la conquista tradicional y de la teoría de los imperios, una enorme, una real ciudad para cuya construcción aportan hierro y piedra las razas en conjunto. La voz de esa ciudad se oyó pronta y unánime para conjurar la conocida crisis neoyorkina, con oro de Berlín, y con el que Londres reunió, de diez y siete países diferentes. Esa misma voz, cuando la cuestión Marruecos, subió nutrida y alentada de soberanía; y no quedó otro movimiento a las manos de Alemania y de Francia, puestas ya sobre la empuñadura de las espadas, que el de mover la pluma de los convenios en la importante ocasión de Algeciras. Análogas razones llevaron, al abrazo amigo, a la Argentina y Bolivia, a Santo Domingo y Haití, a Costa Rica y Panamá, al Perú y el Ecuador. Y ya antes la Argentina y Chile habían fundido sus viejas diferencias en la estatua de Jesucristo, que desde entonces empina sobre Los Andes el amor de ambas fronteras en una visión magnífica de fraternidad y de paz.

Dada la naturaleza del comercio, el derecho de la conquista marcial desvirtúa la preeminencia avasallante que adquirió en los días de Roma y de la Edad Media. La asume ahora el tráfico rápido, el cable, el producto superior, la demanda, el arbitrio y la aptitud del individuo o del pueblo. Rompiendo por la línea de las naves británicas, el comerciante suizo avanza, al vencimiento del genio anglo-sajón, en el propio campo de sus especulaciones. Ya no más sangre, ni el bárbaro picando los muros de las ciudades, al rencor de su maza. Ahora, la mecánica de correo; y de oro, el papel de crédito. De suerte que la razón de los armamentos no explica ya sino una determinación atávica y negativa a través del ambiente de las cosas modernas. La espada de Francia entrando en Berlín, no aumentaría en nada el haber del francés, antes por el contrario, rebotaría contra la Francia misma el golpe asesinado a las finanzas y al trabajo alemán.

Se observa así, que las tendencias contemporáneas van aclarando la cifra de sus problemas en un sentido francamente descentralizador y expansivo, en rumbo opuesto al arcaico sistema hereditario de los gobiernos que se movían a concentrarse y aislarse; y como apremia eludir, previniendo, los conflictos que nacen de aquellas dos tendencias anta-

gónicas, no se comprende la sabiduría de los estadistas sino promoviendo cuantas facilidades convengan a la máxima expansión de su espíritu industrial y mercantil. Esa expansión sustituye al ejército con desenlace más noble y humano: como el ejército, conquista; ocupa, posee, domina, gana territorios pero con la confianza, adquiere colonias y las retiene pero con la virtualidad del crédito; y en cualquier parte donde predomine la obra de sus fábricas, el carbón o el metal de sus minas, la tela de sus talleres, el tipo de sus rebaños, o la cosecha de sus tierras, predominará la grandeza y la fecundidad de su genio nacional. El súbdito inglés, para invocar un caso, que trasportara a las comarcas orientales o a las del Africa la carga de sus negocios y el afán y destreza de sus especulaciones, alargaría consigo, aun cuando en forma intangible no por eso menos positiva, las fronteras de su imperio. Surgiría el mercado, de ese modo, juntando en su importancia neutral y cosmopolita, las astas de todos los pabellones, como en la almena de un muro. Juntas están hace tiempo, no obstante de que los Guillermo, Jorge, Nicolás o Francisco José, se empeñan en deshacer el haz magnífico; y un hecho salta de relieve, sugiriendo el signo benévolo de un admirable futuro, el hecho de que a pesar de la rivalidad armada de las Potencias, el belga, el ruso, el alemán, el austriaco, el italiano, los misioneros del trabajo, los que parten de Hamburgo, de Marsella o de New York, se encuentran en todas las costas, y se tienen de ciudadanos de una misma república, y asimismo toman asiento, junto a una mesa común, a compartir, como en festín de familia, el pan, el vino y la sal de sus vidas, chocando en júbilo sus copas por sobre el caballo de los Alejandro, en un voto de corazón por la fraternidad y la paz del mundo.

III

Norman Angell calcula como en cuarenta años la historia del comercio moderno, coincidiendo ese período de solidaridad material con el de principio de unidad espiritual sostenido esforzadamente por la Sociedad Teosófica en múltiples centros de estudio, en su intensa literatura, en conferencias, libros, periódicos, en el ejemplo de sus miembros activos. Los que derivan del interior de un hombre su vida, del interior de un pueblo sus anales, del interior de una raza su fisonomía y sus movimientos en el espacio, interpretarán la expansión igualitaria y concertadora que acerca hoy a los individuos de las diferentes latitudes, como reflejo del cambio de percepción y de sentir que el espíritu teosófico promueve en el interior de nuestra época. No sólo en la forma

que lo establece el primer objeto de nuestra Sociedad, los obreros de todas partes trabajan en los talleres del comercio, sin distinción alguna, sino que la imprenta además, constituyendo en patrimonio universal las ideas, lleva a todas las manos, en común, los frutos de los pensadores y de los artistas; y a la vez que, gracias a la electricidad, platican de continuo entre sí, y como de labio a labio, los moradores de los cabos opuestos de la tierra, por otros respectos, se están ya viendo las ramas de las religiones, antes como cautivas y mustias dentro de una vegetación parasitaria, erguirse en pulcra lozanía de la maternidad de un mismo tronco místico, y conjuntar la gracia y el sosiego de su sombra en el camino de los creyentes. En todo se percibe la poda y el cultivo de una transfiguración que, naciendo primero de lo silencioso y oculto, se anuncia luégo en tradicionales diferencias que se borran, en afinidades y simpatías que se multiplican y se suman, en aquel mundo imposible y senil, roto en castas, o aguerrido en tumultos rivales, que ahora se reconstruye, modifica su estructura, va refloreciendo a los milagros de una armoniosa comunión de pensamiento y de vida.

Aporta Norman Angell, a la universal fraternidad, un montón de elementos constructivos de energía y espíritu.

Diálogo

por Juan de Sales.

Pregunta: La misma Revista a que me referí en nuestro Diálogo anterior comenta el número 7 del Capítulo IV del Bhagavad Gita, y con ese motivo asevera que "H. P. B. no puede decir otra cosa dado su conocimiento de los textos sagrados y de la verdadera Ley, que si actúa a fecha fija en el orden de los fenómenos naturales, no puede hacerlo de igual manera con relación al adelanto y proceso evolutivo del alma humana...." Deseo conocer, en esta otra vez, su criterio respecto del citado pensamiento.

Respuesta: Con mucho gusto, tanto más cuanto que usted me da motivos a prestar dos servicios: a destruir la afirmación más peregrina que ha podido formularse en esta época de estudio de Escrituras Sagradas y de religiones, y de traer a la integridad de su sabiduría a la que mostró al Occidente, sin velo, la gloria de Isis. Porque el escritor le supone a ella precisamente lo contrario de lo que, con toda abrumadora claridad, consigné en sus libros ilustres. Al yo decir que le supone

semejante aserto, presto fianza de su buena fe de investigador sincero: "amable para oír, bondadoso para juzgar", según la frase de Shakespeare. En *La Doctrina Secreta*, I, 602, H. P. B. dice así: "Según las enseñanzas, Maya—la apariencia ilusoria de la ordenación de los sucesos y acciones en esta Tierra—cambia variando con las naciones y lugares. Pero los rasgos principales de la vida de uno, están siempre de acuerdo con la "Constelación" bajo la cual se nace, o digamos con las características del principio que le anima, o la Deidad, que sobre este preside, ya le llamemos Dhyán Cohan como en Asia, o Arcángel como en las Iglesias latina y griega. En el simbolismo antiguo, el Sol—el Espiritual, no el visible—se suponía que *enviaba los principales Salvadores y Avatares*. De aquí el lazo que relaciona a los Buddhas y Avatares y tantas otras encarnaciones de los Siete superiores.... De este modo, los sucesos de la humanidad tienen *efectivamente* lugar en *coordinación* con las *formas de número*, puesto que las unidades de esta humanidad procedieron una y todas de la misma fuente: el Sol Central y su *sombra*, el visible. Pues los equinoccios y solsticios, los períodos y las variadas fases del curso solar, astronómica y numéricamente expresados, son sólo los *símbolos concretos* de la eterna *verdad viviente*, aunque parezcan *ideas abstractas* a los mortales no iniciados. Y esto explica las extraordinarias *coincidencias numéricas con relaciones geométricas*, demostradas por varios autores."

No menos interesante resulta estotro, de la misma obra referida, 601: "Para hacer la obra de Karma—en las *renovaciones periódicas* del Universo— más evidente e inteligible al estudiante, cuando llegue al origen de la evolución del hombre, tiene que examinar ahora con nosotros la *influencia esotérica de los Ciclos Kármicos en la Ética Universal*. (H. P. B. es enteramente opuesto a lo que le atribuye el escritor de la Revista). La cuestión es la siguiente: ¿Tienen alguna influencia o alguna relación directa con la vida humana esas misteriosas divisiones del tiempo, llamadas Yugas y Kalpas por los indios, y tan gráficamente ciclos, anillos o círculos por los griegos? Hasta la filosofía exotérica explica que estos círculos perpetuos del tiempo, vuelven constantemente a repetirse de un modo periódico e inteligente, en el Espacio y la Eternidad. Hay "Ciclos de Materia", y hay "Ciclos de Evolución Espiritual", así como también Ciclos de raza, nacionales e individuales. ¿No puede la especulación Esotérica hacer que profundicemos más en sus procedimientos?"

Esto confirma el sistema pitagórico de la música y de las matemáticas, o la expresiva frase de Archer Butler: "El mundo es, en todas

sus partes, una aritmética viviente en su desarrollo, y una geometría realizada en su reposo." Pero H. P. B. abunda en sugerimientos y enseñanzas sobre la evolución cíclica triple, física, psíquica y espiritual, en formas tan concretas como aquí: "Así como nuestro planeta hace su revolución alrededor del Sol una vez cada año, y a la vez da una vuelta sobre su eje cada veinticuatro horas, atravesando de este modo ciclos menores dentro de uno mayor, así se lleva a efecto y *vuelve a* empezar la obra de los periodos cíclicos más modernos dentro del Gran Saros. *La revolución del mundo físico, según la antigua doctrina, está acompañada de una revolución semejante en el mundo de la inteligencia, pues la evolución espiritual del mundo procede por ciclos lo mismo que la física.* De este modo vemos en la historia una alternación regular de flujo y reflujo en la marea del progreso humano. Los grandes reinos e imperios del mundo, después de llegar al punto culminante de su grandeza, descienden de nuevo por razón de la misma ley por la cual ascendieron; hasta que habiendo llegado al punto más inferior, la Humanidad se afirma de nuevo y sube otra vez por medio de esta ley de progresión ascendente por ciclos, a la altura de la meta de su sér, algo más elevada entonces que el punto del que antes descendió." (D. S. 604. I).

Y refiriéndose a Kepler, H. P. B. dice: "En donde Kepler ve una profecía que directamente se refiere al Salvador, otras naciones ven el *símbolo de una ley eterna decretada para el Manvantara actual.* ¿Por qué ver en Piscis una referencia directa a Cristo, que es tan sólo uno de tantos reformadores del mundo, un Salvador para sus partidarios, pero únicamente un glorioso y gran Iniciado para los demás, cuando *esa constelación brilla como símbolo de todos los Salvadores Espirituales pasados, presentes y futuros, que dispensan luz y desvanecen las tinieblas mentales?*.... Y qué diremos de las circunstancias de relacionar los brahmanes su "Mesías", el eterno Vishu Avatara, con un Pez y un Mesías de su Dag-On, el Hombre Pez y Profeta." (D. S. 617. I). "Parece que Kepler sostenía como hecho positivo que, en el momento de la "encarnación", todos los planetas estaban en conjunción en el signo de Piscis, llamado por los Kabalistas judíos, la "constelación del Mesías". Kepler aseguraba que: "En esta constelación se encuentra la estrella de los Magos.... En virtud de estas profecías naturales —dice el doctor Seep— estaba escrito en las estrellas del firmamento que el Mesías nacería en el año lunar del mundo 4.320, en aquel año memorable en que todo el coro de los planetas celebraría su jubileo." (D. S. 617 a 618. I). "El reconoció (Kepler) la grande y universal

importancia de todas las conjunciones planetarias, "cada una de las cuales—como dijo muy bien—es un año climatérico de la Humanidad." (...solamente es un período crítico durante el cual se espera periódicamente algún gran cambio, ya sea en la constitución humana o en la cósmica, sino que también pertenece a *cambios espirituales universales*. Los europeos llamaban a cada año 63, el "gran climatérico", y suponían quizás con razón, que esos años eran los que se producían por la multiplicación de 7 por los números impares 3, 5, 7 y 9. Pero 7 es la verdadera escala de la naturaleza en el Ocultismo, y el 7 tiene que multiplicarse de un modo y por un método muy distinto que el que hasta ahora conocen las naciones europeas). La rara conjunción de Saturno, Júpiter y Marte tiene su significación e importancia, a causa de sus especiales grandes resultados, en la India y en la China tanto como en Europa, para los místicos de estos países.... Si se afirmase que no fué la casualidad la que indujo a los arquitectos arcaicos del Zodíaco, hace miles de años, a marcar la figura del Tauro con la *asterisca* del Verbo de Cristo, que la de que el *alef* de Tauro signifique el "uno" y el "primero" y que Cristo era también el *alpha* o el "uno," entonces se podrá demostrar que semejante "prueba" resulta anularse de un modo extraño en más de una manera." D. S. 619 a 620. I.) "Por tanto, las "profecías" siderales del Zodíaco.... nuncan señalan a ningún suceso particular, por más sagrado y solemne que sea para una parte de la humanidad, sino a *leyes periódicas* que se *repite siempre* en la Naturaleza, tan sólo comprendidas por los Iniciados de los mismos Dioses Siderales." (D. S. 516. I.)

De los *Puranas* se copia lo que sigue: "Cuando toquen a su fin las intituciones legales y las prácticas enseñadas por los Vedas; cuando se acerque el término del Kali-Yuga, bajará a la Tierra un aspecto de aquel divino Sér que por su propia naturaleza espiritual existe en Brahmá y es el principio y el fin.... Porque se ha dicho: "Cuando el Sol y la Luna y las Constelaciones y el planeta Júpiter estén en una misma morada, volverá la gran Edad."

Y de *La Doctrina Secreta*, III, 298, 319, 330 y 358, respectivamente, insertamos estas altas lecciones: "Hacia el término del Kalpa se espera al Kalki Avatara, cuyo nombre y circunstancias no es lícito revelar, pero que procederá de Shamballa, o "cuidad de los Dioses".... Por este motivo, desde los Rishis indios hasta Virgilio, y desde Zoroastro hasta la última Sibila, todos los vates de la Quinta Raza cantaron y predijeron la vuelta cíclica del signo Zodiacal de la Virgen y el naci-

miento de un Divino Niño que había de restituir a la Tierra la Edad de Oro." "Pero además de la eterna ley de la reencarnación y del Karma, deben enseñar los ocultistas la *reencarnación ciclica y evolucionaria*, o sea aquella clase de renacimientos de que ya tratamos en *Isis sin Velo*, y que todavía son incomprensibles para cuantos desconocen la historia del mundo." "De aquí la necesidad de un Nirmanakaya que se ofrezca en sacrificio y esté dispuesto a sufrir las consecuencias de la encarnación terrestre sin recompensa alguna en el orden evolutivo, puesto que ya terminó su evolución en los tres mundos. El Yo superior o Monada divina no queda en semejante caso ligada al yo inferior, sino que su conexión es temporánea y casi siempre *actúa por ley Kármica*. Es un verdadero sacrificio cuya explicación corresponde al supremo conocimiento oculto. *Está íntimamente relacionado*—por la evolución del Espíritu y la involución de la Materia—con el grande y primieval Sacrificio de la *manifestación de los mundos* y el suave *descenso* de lo espiritual en lo *material*." "Entre los mandamientos de Tsong Kha-pa hay uno que *ordena* a los *arhates* hacer un esfuerzo cada siglo en cierto periodo del ciclo para iluminar al mundo, incluso a los "bárbaros blancos."

De esta manera rehabilitamos, como cumple a nuestro deber, el justo mérito de consciente y profunda concedora de la Naturaleza que realza a nuestro último Maestro. Ella consigna este principio de su sabiduría en *La Doctrina Secreta*, 602, I: "Sí; ¡nuestro destino está escrito en las estrellas! Sólo que mientras más estrecha es la unión entre el reflejo mortal, el Hombre, y su Prototipo Celestial, tanto menos peligrosa son las condiciones externas y las reencarnaciones subsiguientes, a las que *ni Buddhas ni Cristo pueden escapar*."

Pregunta: *Pero semejante cosa "sería lo mismo que proclamar el predominio de la fatalidad en el orden material y espiritual, declarar al hombre irresponsable y amarrado al imperio de una ley ineludible, etc." Esa es la opinión de la Revista mencionada; y aspiro a conocer la suya.*

Respuesta: Como me he limitado a poner en claro el criterio de H. P. B. para redimirla de erróneas interpretaciones, ella misma responderá al interrogante con estos párrafos de *La Doctrina Secreta*, 602, I: "Esto no es superstición ni mucho menos *fatalismo*. Este último implica el curso ciego de un poder aun más ciego, mientras que el hombre es un agente libre durante su estancia en la tierra. No puede escapar a su destino *dominante*, pero puede elegir entre los dos senderos que le conducen en aquella dirección, y puede llegar al pináculo de

la desgracia—si tal le ha sido decretado—ya sea con los blancos ropajes del mártir, o con las manchadas vestiduras de un voluntario en el camino de la iniquidad; pues hay condiciones *externas e internas* que afectan a la determinación de nuestra voluntad sobre nuestras acciones, y en nuestro poder está seguir cualquiera de los dos senderos.”

Pregunta: *En este caso le concedo la razón a H. P. B. y se la niego a la Revista citada. No veo fatalismo.*

Respuesta: Ni puede haberlo si en el rumbo necesario o dominante que, hasta cierta finalidad en el avance evolucionario, han de tomar un hombre, un país o una raza, disponen estos soberanamente de su libre albedrío para andar como reos o como justos. Mal, lo que se opone a la evolución; bien, lo que la favorece. No hay sitio que ocupe un hombre donde no sea capaz de los dos actos, o de avanzar el pié, a voluntad, por cualquiera de los dos eternos caminos de que nos hablan las sagradas escrituras. De aquí que, dijéramos en nuestro *Diálogo* anterior, que los Cristos son los colaboradores de la naturaleza. Trabajan con ella. Ella es Ley y Vida. Ellos son Vida y Ley. Cuando llega la hora del flujo espiritual, la hora de la Estrella del Mago, regresan los Cristos, simple y sencillamente, porque se repite la expansión de su *poder propio* y de su ambiente entre los hombres.

Pregunta: *Llegado a este punto, podría su atención darme luz sobre la inteligencia del capítulo IV, número 7, del Bhagavad Gita, en la parte que dice: “Siempre y cuando languidece el Dharma, y reinan triunfantes el desorden y la injusticia, me doy nacimiento a Mi mismo, etc., etc.”?*

Respuesta: Eso es sabio y claro. Su comprobación se logra con el mero estudio del ciclo especial de cien años a que nos hemos concretado, dividido en cuatro partes, en la forma que el *Bhagavad Gita* divide el *mahayuga* en cuatro *yugas*. Si como dice H. P. B., en el último cuarto de cada siglo *sobreviene invariablemente un místico impulso espiritual*, queda a la intuición e investigación del estudiante averiguar la fuerza dominante en el cuarto tercero. Remonte los períodos históricos, siglo tras siglo, para que también aprenda a conocer la analogía *invariable* de la fuerza dominante en dichos cuartos, y así se explicará por qué en el momento espiritual de 1875, el materialismo llenaba el mundo con sus libros, sus periódicos, su vigorosa y avasallante propaganda. Y una vez realizada esa lectura de la Ley, esa lectura de la Vida, no dudamos de que el estudiante se hallará en aptitud de comprender, en su verdad y en su espíritu, la letra del *Bhagavad Gita* cuando dice: *“Siempre y cuando languidece el Dharma, etc., me doy naci-*

miento a *Mí mismo.*" Se hallará en aptitud de ver fluir *siempre* aquel cuarto de siglo en que languidece el Dharma, a pesar de todas las teorías; verá el último cuarto espiritual, renaciendo de su propio poder de expansión, a pesar de todos los sectarismos. Verá que mientras los hombres hablan sus vanidades, discurre a través y por encima de ellos la clara periodicidad de los ciclos, luz de las profecías, modo de andar la Naturaleza en las espirales de la evolución. Verá, después de la hora de la materia, subir la hora del espíritu, con el ritmo con que la luna brillante sube perennemente de la luna oscura, ritmo de la primavera y del invierno, del afelio y del perihelio en la elipse de los planetas, del flujo y reflujo en el océano, de los golpes del corazón; verá en todas partes el *desarrollo de una aritmética viviente y el reposo de una geometría realizada*, en todas partes expandiéndose y recogándose el aliento de Dios. Y así también el estudiante se hallará en capacidad de aprender por qué la Teosofía se llama Sabiduría, Conocimiento, Vida, Ley.

Pregunta: *De manera que usted sostiene la opinión de H. P. B. de que el "nuevo portador de la antorcha de la Verdad" aparecerá con el impulso espiritual del último cuarto del siglo?*

Respuesta: Naturalmente, porque no es de otra manera. Esperar a los Maitreya antes de la hora, equivale a salir afuera, a la media noche, a calentarse a los rayos del sol. H. P. B., profunda y experta lectora de la Naturaleza, sabía lo que decía; y sus Cristos, sus Salvadores del mundo, no eran fábricas convencionales, sino la gloria de un *suceso cósmico*, como lo dijo tantas veces. Y sólo cuando la Estrella de Bethlehem de Judea fulja de nuevo en el Oriente, sonará la hora de Cristo.



Mauricio Maeterlinck y la Teosofía

por Katharine Hillard.

Ya estamos acostumbrados a las especulaciones, en rumbos y estilos varios, de M. Maeterlinck. Es claro, y presto siempre a tomar nuevos temas y a asimilárselos; pero debe confesarse que tratando de la Teosofía en su reciente libro llamado "La Muerte", parece haber intentado ir más allá de sus alcances, de suerte que confundió las ideas de reencarnación con las de trasmigración de las almas.

Antes de abordar el asunto de la naturaleza y de la persistencia de la conciencia individual, opina M. Maeterlinck que sería conve-

niente estudiar dos interesantes soluciones de esos problemas, que si no nuevos, por lo menos aparecen como renacimientos de la idea de la inmortalidad personal. Esas teorías neo-teosóficas y neo-espiritistas son las únicas que, en su concepto, merecen una seria discusión. "No puede negarse—dice él—que de todas las hipótesis religiosas, la reencarnación resulta la más plausible, la menos repugnante a nuestra razón. Dispone de la ventaja de apoyarse sobre las religiones más antiguas y universales, las aún no comprendidas de un todo por nosotros. Y en efecto el Asia entera, de donde nos viene casi todo de cuanto conocemos, siempre ha creído y aun cree en la trasmigración de las almas." Aquí M. Maeterlinck cita a Annie Besant, a quien califica de "notable apóstol de la nueva Teosofía", quien dice "muy justamente", que no hay doctrina filosófica de un pasado tan magnífico, tan lleno de intelectualidad, como la doctrina de la reencarnación", ni hay otra, conforme declara Max Müller, tocante a la cual hayan estado tan de completo acuerdo los más grandes filósofos de la humanidad."

Todo esto — dice M. Maeterlinck — es perfectamente cierto. Pero de aquí no pasa. Parece que toda la Teosofía no se le reduce sino a esa doctrina; y descontento de una filosofía heredada de la más remota antigüedad, una filosofía, de la cual declara, que satisface tan de lleno a las inteligencias más grandes de todas las edades, pide ¡qué! pruebas. Pruebas! y agrega que, en vano, ha buscado una tan sola entre los mejores escritos de nuestros modernos teósofos. Las encuentra estrechas dentro de afirmaciones dogmáticas y reiteradas, vagas por vacío espacio, adonde parece haberlas seguido Maeterlinck.

Varios de los primeros capítulos de *La Muerte* están dedicados a los terrores de la muerte, espaciándose sobre ese particular, como pudiéramos creerlo muchos de nosotros, con una elaboración harto innecesaria. Apartando algunos fenómenos psíquicos o espiritistas, ¿no es un caso frecuente que una suave indiferencia se difunde insensiblemente sobre la vida que se extingue, y que una ausencia absoluta de deseos sucede al frenético apego de la vida que se nota en el menor número de moribundos? Uno de los más conocidos médicos de New York me dijo que sólo un veinte por ciento de moribundos observados por él no revelaron calma y tranquilidad, probablemente indiferencia, como sería mejor la frase. Maeterlinck asegura de que vendrá un día en que la ciencia no sólo opinará, sino que obrará con certeza al librar al paciente de los padecimientos de una enfermedad incurable, cuando la Vida, en momento de su propia elección, penetrada de su hora final, huya silenciosamente con la misma calma con que se retira cada noche,

al término de su diaria tarea. No existe ninguna razón ni física ni metafísica porque la aproximación de la muerte no sea tan beneficiosa como el advenimiento del sueño.

Por otro respecto se nos promete, dice nuestro autor, que si refinamos nuestros sentidos, y convertimos en más sutiles nuestro cuerpo, nosotros, nuestra mente, podemos vivir con las personas llamadas muertas y con los seres superiores que nos rodean. Y le causa sorpresa, añade, que ello no suministre nada en el sentido de la prueba. Demandamos algo más que teorías arbitrarias acerca de la "triada inmortal", "el cuerpo astral", "el Kama-Loka", etc. Concede que sea posible que los teósofos tengan razón cuando sostienen que nos hallamos rodeados de innumerables entidades vivas e inteligentes, "tan distintas las unas de las otras como una hoja de hierba de un tigre, o un tigre de un hombre", y quienes continuamente nos tocan y a través de las cuales pasamos sin percibir las siquiera". Ahora, abordemos el otro extremo. "Si todas las religiones se unen en el sentido de reconocer lleno excesivamente el mundo de seres invisibles, quizás nosotros lo hemos des poblado en demasía, y cabe en lo posible que alguna vez encontremos que el error no estaba del lado que creemos". Sólo tenemos presente, continúa, que no entra en nuestras obligaciones el probar el aserto de las religiones positivas; a ellas les corresponde demostrar su verdad. Ahora, no hay ninguna que nos presente alguna prueba, aceptable como irresistible, para una inteligencia mediana.

Y sea dicho de paso, escribe M. Maeterlinck, que resulta infeliz reemplazar un misterio por otro menor. En la jerarquía de lo desconocido, la humanidad asciende siempre desde lo más pequeño hasta lo más grande. Por otra parte, descender de lo más grande a lo más pequeño, es tornar a la primitiva barbarie, donde llega el hombre hasta el punto de reemplazar lo infinito con un fetiche o un amuleto. La grandeza de un hombre se mide por los misterios que cultiva, o por aquel que lo detiene.

"Estamos delante del abismo, dice Maeterlinck, vaciado de todos los sueños con que nuestros padres lo habían poblado. Ellos creyeron saber lo que allí había, nosotros sólo sabemos lo que no hay. Mientras se espera una certeza científica que disperse la oscuridad—porque el hombre tiene derecho a esperar lo que no puede aún concebir—la única cosa que nos interesa, porque la encontramos dentro del pequeño círculo que nuestra presente inteligencia traza sobre la noche más oscura, es

saber si lo desconocido adonde vamos, merece nuestra enhorabuena o nuestro temor”.

Fuera de las respuestas positivas dadas por las Iglesias, cuatro soluciones de este problema se le ocurre a Maeterlinck como concebibles: I, el total aniquilamiento; II, la supervivencia de nuestra presente conciencia; III, la supervivencia sin ninguna clase de conciencia; IV, finalmente, la supervivencia, o más bien la absorción en la conciencia universal, o una conciencia distinta de la que tuvimos en este mundo, lo que forma la *V. M. le philosophe, ne vous déplaît*. No parece ocurrírsele que el total aniquilamiento (I) y la supervivencia sin ninguna clase de conciencia (III), son virtualmente la misma cosa, y también la absorción en la conciencia universal (IV). Respecto de una conciencia diferente de la nuestra, somos incapaces de concebirla ahora, lo cual nos deja con sólo dos teorías, la I y la IV, y como Maeterlinck confiesa en su párrafo siguiente que es imposible el total aniquilamiento, no nos resta sino la conciencia universal en la que la nuestra se sumerge. Un filósofo chistoso salió de ese dilema, afirmando que si no fuéramos a ser inmortales, jamás lo sabríamos. Por supuesto, a menos que alguna otra condición de conciencia a la nuestra suceda inmediatamente a la muerte, no podría sobrevivir la personalidad, y por lo tanto ella no existiría, en el ordinario sentido de la palabra.

Y así volvemos al punto de partida, a las ideas teosóficas sobre la muerte y la reencarnación, como las percibe M. Maeterlinck. El tiene un pasaje acerca del alma, o más bien de la muerte, que es muy significativo. “Cómo puede nuestro pensamiento, dice, permanecer el mismo cuando nada queda de lo que lo incorporaba? cuando carece de cuerpo, qué lleva consigo en el espacio infinito, para reconocerse a sí mismo, una entidad que sólo se conoce gracias a ese cuerpo? El puñado de recuerdos de una vida vulgar? Y estos recuerdos, que principian a borrarse en este mundo, bastarían a separar para siempre esa entidad del resto del universo, en el inmenso espacio, en el tiempo ilimitado? Pero pueden decir: en nuestro yo descansa oculto un sér superior a aquel a quien conocemos. Es probable, hasta cierto; pero cómo conoceremos el yo, y cuyo destino sólo a nosotros concierne; cómo reconoceremos todas estas cosas y este sér superior que nunca he conocido? Si se me dice que ese extraño soy yo, quisiera creerlo; pero lo que en este mundo sintió y graduó mis alegrías y tristezas, y dió origen a los pocos pensamientos y recuerdos que me restan, fué este sér desconocido e invisible que existió sin yo sospecharlo, como yo

probablemente he vivido en él sin que se inquietara de una presencia que sólo le llevó la memoria miserable de una cosa que ya no existe?

Esto me trae el recuerdo de los dos fantasmas de Aldrich, los cuales se encontraron en un "espacio abierto y desolado", y el uno le preguntó al otro, quién era:—No sé—le respondió la Sombra—yo apenas morí anoche."



Los Misterios del Cristianismo.

por Phiquepal d'Arismont.



Escena en Éfeso del Asia Menor

Noche de luna. — A orillas del río Caystros, y delante de las ruinas del templo de Diana.

JULIANO.— MAXIMO

J.— Pero ¿no soy cristiano, Máximo? ¿Cómo te atreves a sugerirme que debo entrar en los decaídos Misterios de Mithra?

M.— Siéntate, amigo mío, un rato en mi compañía, y deja que te aclare el asunto. Debes entrar *porque* eres cristiano, y no *a pesar* de serlo, como podrías pensar. En efecto, si rehusas seguir las huellas de Cristo mismo y de su apóstol Pablo ¿cómo logras ser verdadero cristiano? Reconoces en Jesús al Cristo, prestas obediencia a su ley ¿y, sin embargo, desprecias los Misterios que predicó?

J.— Imposible: no creo que te atrevas a decir que Cristo y Pablo fueron iniciados de Mithra.

M.— Ciertamente que sí, amigo Juliano, fueron iniciados.

J.— Y qué autoridad, milagro de sabiduría, aduces tú, Máximo?

M.— Y bien, quieres entonces significar realmente que has olvidado las Escrituras del Señor. Son las Escrituras las que insisten sobre este punto con palabras más intensas que ningunas.

J.— Imposible.

M.— Entonces ¿no creés en las Escrituras?

J.— Sin duda, creo siempre lo que digan ellas.

M.— Desde luego, pues, llegarás a ser un iniciado.

J.— Máximo, amigo mío, prueba tu aserto.

M.— Con gusto, Juliano, sentémonos a la orilla de la corriente de plata del Caystros lidio. Es prima noche. La luna se eleva con maravillosa fulgencia por encima del templo de Diana, erguido delante de los dos. Nadie nos espera, predilecto de los Dioses; y nos regala el momento la ocasión de razonar sobre las verdades más profundas y de sentir sus intensas inspiraciones místicas. Vendrán a nosotros, y con nosotros estarán, los Poderes Divinos.

J.— Que así sea, empieza! Y pruébame por qué debo pretender entrar en los Misterios de Mithra, a fin de obedecer a mi Señor, el Cristo.

M.— Cuatro cosas deseo probarte: primero, que Jesús fué Iniciado de Mithra; segundo, que aprendió el Rito Eleusino; tercero, que habló claramente acerca de los Misterios; y por último, que estos Misterios aparecen, con toda evidencia, en las Revelaciones (Apocalipsis.)

J.— Imposible! Eso equivale casi a una blasfemia.

M.— Entonces, permíteme que blasfeme si con ello digo la verdad.

J.— La Verdad! La Verdad! Quién no quiere poseerla? Una palabra para evocarla. ¡Oh Dios de Verdad! he de alcanzarte aun cuando muera!

M.— Dirías mejor, Juliano: "Aun cuando viva." Vivir la Verdad es más difícil que morir.

—J.— Ay!

M.— Ahora, presta oído, mientras hablo. Primeramente, Jesús fué Iniciado de Mithra: ¿No has leído que cuando el Bendito se hallaba pronto a dar principio a su obra pública, se dirigió primero al Desierto, en donde ayunó por espacio de cuarenta días y de cuarenta noches, según dice Mateo (los cuales suman los ochenta días de las pruebas de Mithra); y que cuando tuvo hambre, trasportólo el Diablo persa, el Acusador, a la cima del monte, desde donde contempló todos los reinos de la tierra, y sus riquezas? Pues bien, el caso ocurrió en Pérgamo, sobre cuya montaña se alza el templo de Esculapio, lugar de iniciaciones desde mucho antes del tiempo en que afirman los Evangelios que vivió Jesús. Sólo desde esa montaña se ven los quince reinos de la tierra de Asia, o sean las Iglesias mencionadas en el Apocalipsis. Aquí osó el Diablo, el Tentador, ofrecerle cuanto veía si se arrodillaba y le adoraba. Si hubiera aceptado, Jesús habría sucumbido bajo los golpes de los soldados de Roma. Eligiendo lo justo, el Tentador lo abandonó: Una vez terminadas las torturas a que se somete al que se inicia—como aun se hace—el Hierofante lo condujo a un trono y le tendió una corona, que rehusó él: "Mi corona es Verdad de Mithra, y no de este mundo." Estuvo con las fieras en el Desierto, las que todavía simbolizan los grados de Mithra: el león, el toro

y otros, siendo lo más extraño de todo que nombran esas mismas fieras Ezequiel y el Apocalipsis como guardianes del trono de Dios, y sirven, además, de símbolos de los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan. El hombre, el Toro, el León, el Aguila, sabes muy bien que expresan, en su orden sucesivo, los grados de Mithra. ¿No te da a entender esto que los evangelistas representan al Cristo mismo en cada uno de esos grados? Y cuando venció, le sirvieron ángeles (mensajeros); y luego participó de la eucaristía, de la Cena sacratísima de pan y agua, que más adelante se repitió públicamente en la Iglesia cristiana con pan y vino . . . Segundo: Jesús conoció el Rito Eleusino, pues observa tú que las Sagradas Escrituras asientan, con toda claridad, que su primera gran obra la realizó en Galilea (tierra de extraños), en una fiesta de bodas. ¿Qué significa esta historia sino el Rito Místico, el Rito Nupcial del Nuevo Iniciado, a quien el sagrado Hierofante ofrece dos jarros, de agua y de vino? Y también, ese extraño relato de San Pedro, de que el Cristo descendió a los infiernos y de que, al tercer día tornó a la vida, restaurado en fuerza, sabiduría y poder, no va paralelo con los viajes de la Hades de la Odisea de Homero, y con el posterior de Eneas de Virgilio? En estos dos individuos se sigue, como consecuencia, una apreciación más clara de la vida. Tampoco ignoras, Juliano, que estas historias se consideran paralelas a los Ritos Eleusinos de Demetrio. Así, pues, fué Jesús iniciado tanto en los Ritos Mithraicos como en los Eleusinos. . . No sólo enseñó los Ritos Místicos, también enseñó continuamente los Misterios. ¿No dicen las Escrituras, con sencillas palabras, que Jesús siempre enseñó en parábolas, revelando, tan sólo a sus apóstoles, los "Misterios" de su Reino? Eran las mismas parábolas, pero empleadas en su sentido técnico; y sin embargo, los cristianos nunca llegan a descubrir su sentido claro y abierto, y las convierten en tropo, que como bien dice Pablo, tiene forma de verdad, pero luego niega el poder de ella. . . . El Apocalipsis revela, con detalles completos, aquellos Misterios que Jesús claramente enseñó, ya que los dones prometidos a las Iglesias de Asia, " las que se ven desde Pérgamo," pormenorizan, al fin, los varios dones de Mithra: el Lucero de la Mañana, la Piedra Nueva, Blanca y Sin Nombre. Empero, Tertuliano conoció los hechos reales y trató de desnaturalizarlos, y afirmó que los prosélitos de Mithra habían derivado sus Ritos de la liturgia cristiana. (Audacia! La hija llamando plagiaria a la madre). Y los cristianos persiguen el Rito Mithraico como hechicería del género de la de Simón, y trataron de destruir esos puros Ritos que atesoran la Antigua Verdad, libre de las manchas del judaísmo. Vamos Juliano, deja que hable en lo íntimo de tu conciencia: ¿No te he probado cómo las Escrituras enseñan, con toda eviden-

cia, que Jesús fué un verdadero Iniciado, y que por lo tanto, los que quieran seguirlo tienen que recorrer el Sendero Místico que él recorrió?

J.— No puedo hablar. Lo que has dicho es cierto. Pero si todo eso resulta conforme hablas ¿cómo ninguno de los apóstoles lo mencionan ni demuestran saber nada de los Misterios Secretos?

M.— Si tal, Juliano mío, ¿has olvidado la visión que tuvo Pablo, el celoso perseguidor, cuando iba hacia Damasco? Y cuando recibió la fe cristiana ¿a dónde se dirigió, y en dónde permaneció, durante tres largos años?

J.— En la Arabia?

M.— Sí; pero a qué fué allí?

J.— Cómo lo sé yo, si no fué a meditar?

(Concluirá.)

ECOS Y NOTAS

EXPLICACION.

No obstante de que en la segunda edición de esta Revista, se expuso en la parte de la crónica nuestra verdadera actitud en el movimiento teosófico, de acuerdo con los amplios términos de la "Historia de la Sociedad", veraz y magistral, escrita por Mr. Mitchell; no obstante de aducir un testimonio tan explícito como el apuntado, tenemos en nuestro poder una carta de Barcelona de España donde se nos incorpora entre los que trabajan en Point-Loma, California, bajo los auspicios de Mrs. Katherine Tingley. Negamos semejante creencia, y confirmamos nuestra adhesión a la Sociedad Teosófica fundada en New York en 1875, núcleo impersonal constituido con el propósito primario de acercamiento y fraternidad de los hombres. Otras personas nos confunden con los sostenedores de ciertas publicaciones que exhiben el curioso "permanente" de que no hay más sociedad teosófica que la que reconoce a Madrás por asiento general. Los lectores que se han informado del carácter de los artículos de *Dharma* comprenderán, de mil modos, que aquel aserto carece de fundamento; y que los miembros de la Rama "Venezuela", quienes se esfuerzan constantemente por librar la Teosofía del estrecho concepto sectarista que tanto temía H. P. B., son incapaces, bien penetrados de las responsabilidades de su encargo, de formular la declaración dogmática de que no existe más Teosofía que la de tal lugar y tal personalidad. Eso es sencillamente espantoso, y paralelo a la tremenda sentencia de que no existe más cristianismo que aquel que reconoce a Roma y al Papa. Entre el "permanente" citado y esta sentencia última existe una semejanza de tal naturaleza, que espontáneamente se le viene a uno el recuerdo de aquella significativa expresión de H. P. B.: "nada habría más espantoso que un papado teosófico". En seguida insertamos la resolución adoptada por la Sociedad en abril de 1895:

"La Sociedad Teosófica, por sus delegados y miembros reunidos en Convención; proclama, por este medio, su fraternal voluntad y sen-

timientos benévolos hacia todos los estudiantes de Filosofía y miembros de las *sociedades teosóficas, comoquiera y dondequiera que se encuentren*. Y así mismo proclama y afirma, con las referidas personas y sus organizaciones, su sincera simpatía y acuerdo en todos los asuntos teosóficos, excepto en lo que respecta a gobierno y administración; y los invita a su correspondencia y cooperación....”

Tal proclama define nuestra actitud, extensa cuanto cabe, sin exclusivismos de ningún grado, a fin de que el espíritu teosófico no sufra menoscabo alguno en su expresión universal y humana. Aunque huelga exponer el hecho de que no fué por capricho que los Maestros eligieron a la América por centro de la vida teosófica en este momento histórico, como tampoco determinó el capricho la navidad de Hermes en Egipto, o de Buda en la India, invocamos el suceso sólo con el propósito de repetir el pensamiento de uno de nuestros colaboradores de que “si el verdadero nacimiento en América no se realiza sino en tanto que se viva su vida, entonces, *en cualquier parte del planeta donde haya un hombre que vibre al unísono de la superior misión americana, es un obrero espiritual de América, un nacido en América, un elemento constructivo de la nueva sub-raza*”.... En la amplitud de ese concepto cabe el nuestro. Nunca nos atreveríamos a desvirtuar la noble universalidad de nuestra filosofía religiosa localizándola hasta el punto de sostener que nadie pueda trabajar por la fraternidad de los hombres sino aquel que adquiera con ese fin un diploma en tal punto, ni nadie podría vivir la vida teosófica sino aquel que reconociera la autoridad de tal persona. Esto sería el colmo del dogma cerrado. Lo que América representa en este nuevo ciclo es un grado más alto en la evolución de las razas, y naturalmente gravitan sobre ella las fuerzas más poderosas de renuevo y transformación; y cualquiera que sea la zona donde un alma responda a aquel destino excelente, asumirá las proporciones de uno de sus factores. Las leyes de la identidad lo explican. En cualquier parte se puede ser teósofo, y *asimismo se puede trabajar por la evolución de América, por la tolerancia que atrae, por el amor que dilata, por una actitud impersonal, una constante purificación de nuestro modo interno de ser*. De esta manera se comprende que en provecho de grandiosas oportunidades cíclicas, para que sirviera de órgano espiritual, crearon los Maestros la Sociedad Teosófica precisamente en el punto donde la reclamaban la ley oculta y las supremas necesidades de la evolución del mundo. Así ha venido sirviendo, *reconstructiva, expansiva, intensa, “invitando a formar parte en el número de sus miembros a todos los que, buscando en adelante vida más elevada, deseen conocer el sendero*

de ella." Van, pues, a ella los que quieran trabajar en ella, así el budista, el judío, el cristiano; van a ella y trabajan en ella todos los que ahogando la vana ilusión de *aparecer* teósofos arraigan la viva verdad de *serlo* realmente. Al poner término a esta *Explicación* nos mueve el reconocimiento a copiar el expresivo mensaje que dirigió madama Blavatsky a los teosofistas de Norte América, en la reunión de su quinto Congreso:

"Hermanos teosofistas:

"De propósito he omitido toda mención de mi *más antiguo amigo y compañero de trabajos*, W. Q. Judge, en mi mensaje general a todos vosotros, porque creo que sus esfuerzos infatigables y generosos en pro de la Teosofía en América, merecen una *mención especial*.

"*A no ser por W. Q. Judge, no existiría hoy la Teosofía en los Estados Unidos*. A él es a quien principalmente se debe el movimiento entre nosotros, Y ÉL ES QUIEN ha *demostrado de mil maneras su lealtad completa a todo cuanto constituye los INTERESES SUPERIORES DE LA TEOSOFÍA y de la Sociedad*.

"La admiración mutua no debe desempeñar ningún papel en un Congreso Teosófico, pero el honor debe pagarse donde el honor se debe, y me complazco de que se me ofrezca esta oportunidad para expresar en público por boca de mi amiga y colega Annie Besant, el aprecio profundo que la obra de nuestro Secretario General me inspira, y de manifestarle mi agradecimiento más sincero y mi honda gratitud en nombre de la Teosofía, por la noble labor que ha llevado y está llevando a cabo."

Así la Sociedad Teosófica que funciona con su asiento internacional en New York *continúa leal a los intereses superiores de la Teosofía*, por la que vivieron y murieron H. P. B. y W. Q. J.

"DHARMA."

(Del *Theosophical Quarterly*.)

Por varios años, los que han tenido el privilegio de asistir a las Convenciones de la Sociedad Teosófica, han oído las cordiales cartas de salutación de Caracas, y las interesantes relaciones del trabajo realizado en Venezuela. Yo recuerdo todavía trozos de esas cartas. Después de oírlas, mi comentario silencioso ha sido: "Quisiera más íntimamente conocer a esos hermanos distantes. Y así me fuera posible tener, con su trabajo fervoroso, algo más que una conexión anual." Los mensajes

anuales de Sur América, a la Convención, demuestran que esos miembros lejanos aprovechan muy vivamente el gran privilegio y oportunidad de que dispone un socio en la Sociedad Teosófica. Sentí que me estimularían su aprecio y celo, y darían término a la lentitud de mi labor. Hasta cierto punto mis deseos han sido satisfechos ya. En abril de este año la vigorosa Rama "Venezuela" fundó la Revista trimestral DHARMA. Se han editado tres números. Creo expresar el sentimiento y la opinión de muchos miembros, al rendir las gracias, muy sinceramente, a nuestros hermanos sud-americanos por su valiente empresa. Esperamos que obtendrán el éxito que merecen. Y los felicitamos por la elevada excelencia de sus primeros números.

Esta nueva Revista trimestral consta de cuarenta y cinco páginas, luce una impresión correcta; su cubierta exhibe la estrella familiar y el loto simbólico, en negro, sobre un fondo verdi-azul; y en su centro aparece el nombre DHARMA, en grandes mayúsculas. Es una sobria y modesta cubierta, sin ninguna sugestión de forma extraña o escandalosa.

Los redactores de DHARMA han demostrado una grande intuición al seleccionar del *Quartely*, para reproducir en lengua española, artículos que interesan a todos los miembros de la Sociedad, lo mismo a los de Venezuela que a los de New York, Suecia o Alemania. Uno de los primeros artículos escogidos es el admirable tratado del Profesor Mitchell sobre "La Teosofía y la Sociedad Teosófica". Por mí, digo que he encontrado de excelente valor ese trabajo. Muchas preguntas he recibido de nuevos miembros y de otros que aspiran a serlo, acerca de las divisiones y diferencias que separan a las sociedades llamadas teosóficas. Nunca he sentido la necesidad de dar una respuesta propia. Basta referir la persona al artículo del Profesor Mitchell. Las preguntas son satisfactoriamente contestadas en algunas de sus páginas. Y como quizás dudas y cuestiones similares a los que perturban a estudiantes en Norte América, surjan también en Venezuela, tengo la confianza en que el trabajo mencionado resulte de alguna utilidad.

Figura otro artículo del mismo autor, que versa sobre la Meditación. La Meditación es un asunto de capital importancia para todos los estudiantes de Teosofía. Referente a ella se ha escrito en muchos siglos. Sin embargo, piensa un buen número de gente que ha sido más clara y convenientemente tratada por Mitchell que por el centenar de cuantos han puesto empeño en describir su proceso. Este artículo ha despertado el interés de muchos hacia la Teosofía, por su demostración de los vínculos de ésta con el Cristianismo. El interés ha permanecido

así despierto, de manera que después de cierto tiempo, los lectores han solicitado su admisión en la Sociedad. Sur América posee una rica herencia de meditaciones de los santos de la Iglesia católica - romana. Los católicos españoles están especialmente favorecidos con los tesoros de Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Me aventuro a creer que el artículo del Profesor Mitchell producirá en español el mismo resultado que en su forma original, esto es, reconciliará ciertos miembros de la "vieja escuela" con el cristianismo, e inducirá además a algunos cristianos a buscar la preciosa perla de la Religión Sabiduría.

Contribuyen al clásico carácter de la nueva publicación, escritos reimpressos de nuestros grandes zapadores, madama Blavatsky y Mr. Judge. Están traducidas dos de las valiosas lecciones de Mr. Schofield, y un trabajo de Mr. Johnston sobre el "Origen Espiritual de la Vida." Aparece también el maravilloso artículo: "La santidad y el comercio", suficiente él solo para inspirar pensamientos y consideraciones a personas de reflexión. Allí se demuestra que precisamente las mismas características que hacen a un santo, hacen también al comerciante de éxito.

De esta manera muchos artículos provechosos a los miembros de lengua inglesa se ofrecen, ahora, a los de lengua española. Esa publicación constituye un notable suceso en la historia de la Rama "Venezuela", y de la cual deben estar sus miembros justamente complacidos. También nosotros compartimos con esos hermanos sud-americanos sus regocijos. DHARMA hace, a nuestro bien común el *Quarterly*, más accesible a ellos, y a ellos, más accesible a nosotros.

S. M."

Los redactores de DHARMA responden con la verdad de su gratitud a las palabras bondadosas del cronista del *Quarterly*; y le dicen que la simpatía que él siente hacia sus compañeros de Sur América constituye, por sobre el océano, el vínculo mejor de acercamiento y contacto. De esa manera los miembros de la Rama "Venezuela", por virtud y gracia de la fraternidad, siempre se han considerado trabajando junto con sus generosos compañeros de Norte América, por el ideal de los Maestros.

"EL CANTO DE LA VIDA."

Es un pequeño libro que circula hace tiempo entre los lectores ingleses. Se debe a la labor de Charles Johnston. Lo componen un corto prefacio, la *Enseñanza del Misterio* y el *Drama de los Misterios*. Por uno

de nuestros selectos colaboradores disfrutamos de su versión al castellano, en la que el idóneo traductor conserva felizmente la música del original, favorecido por su conocimiento de los dos idiomas. Contribuye al prestigio de la obrita admirable, la larga lectura y el saber de veras de Johnston en las enseñanzas de Oriente, además de su crédito de primero de los sanscritistas modernos. Es un haz de páginas donde el ritmo de las cláusulas y del alma aprisionándonos, poco a poco, en la bondad de su magnífica urdimbre incorpórea, nos hace andar por la gran maravilla de caminos internos que se abren en nosotros; nos hace partir desde lo de más abajo hasta lo supremo, la ilusión dándonos del reflujó de una ola que, desdoblándose en sí misma, se retirara de la playa muerta a expandirse, a vivirse en el sueño y el amor de su gloria infinita. Los lectores de esta Revista tendrán en ese corto volumen el favor de un amigo, el rumbo de un maestro.

ORDEN DE LA ESTRELLA DE ORIENTE.

El escrito del precedente título que firma nuestro colaborador Juan de Sales en el segundo número de esta Revista, circuló por España en hoja suelta, gracias a la iniciativa del centro teosófico "Marco Aurelio", Pontevedra, de aquella nación. Descubrimos en ese acto la comunidá de pensamiento de los que, allá como aquí, heredan y comparten, en la misma caja de la lengua, las joyas divinas de Teresa de Jesús y de Miguel de Molinos. Ojalá que el sentir solidario de hoy, estreche fraternalmente a los estudiantes de ambas costas, con tanto mayor razón cuanto que se trata de dos pueblos afines por más de un motivo histórico, por étnico parentesco, por acciones y reacciones recíprocas de voluntad y cultura, y que después de siglos de conjugar sus emociones y su índole, refundieron una vez, en la magnitud y en el resplandor de unos lindes comunes, sus vastos destinos. Los miembros de la Rama "Venezuela" saludan y ofrecen sus servicios a los del Centro de Pontevedra, en un puro anhelo de compañerismo fraterno.

"THEOSOPHISCHES LEBEN."

Es una hermosa publicación teosófica de Berlín. Luce el mismo dibujo de la cubierta del *Quarterly*, menos en la representación simbólica de la Palabra Sagrada. Abundante en páginas de esmerada impresión, con una serie de artículos nutridos de doctrina, algunos de ellos escogidos de la famosa revista neoyorkina el *Quarterly*, el *Theosophi-*

sches Leben llena un espacio importante en el área filosófico-religiosa de Alemania. Ya nuestros lectores conocen el brillante relato de Mr. Paul Raatz en la Convención de 1913 sobre el nacimiento y crecimiento de la Sociedad Teosófica en aquel poderoso país. Le damos la bienvenida y también nuestro saludo fraternal a los compañeros de Alemania.

“LUZ Y ARMONÍA.”

Otra vez se acerca a nosotros esta lucida Revista de la Rama “Altagracia de Orituco”. Ganando en matiz y en gracia cambió de traje. Porta una riqueza de artículos, de noble importancia, para los que inquietan percepciones de orden elevado, o esclarecimientos más enérgicos de los enigmas de nuestro Yo. Cada asunto que saca a luz labra uno de los aspectos de la suprema religión de la Verdad, de la misma que sólo en el rato de treinta y nueve años entreteje el mundo de vías no sospechadas, a fin de que hacia un lado más propicio del horizonte mire la psiquis del Occidente que, hace poco, se moría en el dogma del altar, o se había muerto ya en el mecanicismo de la ciencia. Húmedo el campo, así benigno a los cultivadores de juventud espiritual, la vigorosa apostura del nuevo compañero acrece las posibilidades de hacer mejor, más de excelencia, este fértil ambiente de América; la posibilidad de una rica vendimia para los que, junto con nosotros, escribimos en la tabla del tiempo la ecuación de la raza. Venga al taller de hermanos a compartir con ellos el lote del martillo y del yunque en el santo y largo repujo de los metales futuros.

CIRCULAR.

Se extiende sobre nuestra mesa la que nuestro noble compañero el doctor Hércules Maldonado suscribe para los lectores del Estado Bolívar. Tiende la hoja a pedir los nombres de los que aspiran a estudiar el moderno movimiento filosófico-místico, para anotarlos entre los suscritores de nuestra Revista DHARMA que, conforme escribe el doctor Maldonado, es “el periódico órgano de la Rama “Venezuela”, de la Sociedad Teosófica, en cuyas páginas espero encontrará usted una lectura digna de su culta atención, y cuyo profundo sentido y exquisita cuanto elevada moral, serán, seguramente, las características que desde luego cautivarán su espíritu.”

El escritor anima sus párrafos con la acción de ese pensamiento que hoy anda insinuando la novedad de su vigor ético por todas partes, y que él describe en esta forma elocuente:

"Basta enumerar los objetos principales que se propone la Sociedad Teosófica, para darse cuenta del amplísimo terreno de tolerancia y trascendental investigación en que se halla situada, lo que le ha permitido extenderse rápidamente por todas las naciones, adaptándose con mejor eficacia en aquellos centros que por su altura espiritual responden prontamente al mensaje de amor, paz, justicia y fraternidad que la teosofía está encargada de extender sobre la tierra. Aquellos objetos son los siguientes:

"1º Formar el núcleo de una Fraternidad Universal de la Humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

"2º Formar el estudio comparativo de las Religiones, Literaturas, Filosofías y Ciencias antiguas y modernas.

"3º Investigar las leyes inexplicadas de la naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

"De lo dicho se desprende que para el teósofo no es extraño ninguno de los problemas que preocupan la mente del hombre, y que de todos, aun de aquellos que se relacionan con el misterio de la vida y de la muerte, considera su doctrina poseedora de las claves, que serán descifradas por quien pueda leer en caracteres ocultos, iluminados con la luz del Divino Conocimiento.

"Por otra parte, toda prevención de daño, desconocimiento o ataque a particulares creencias recibidas en el hogar o sancionadas por la conciencia, desaparecerá al saberse que " el teósofo no juzga ajeno a él nada humano y por lo tanto acoge con respetuosa simpatía cualquier expresión del anhelo que de Dios tiene el hombre. El teósofo trata de comprenderlas todas sin convertir a nadie, pues al comunicar los conocimientos recibidos, lleva el propósito de confirmar a cada cual en sus peculiares creencias sobre el fundamento común en que descansan todas las religiones."

Tales son las ideas que realzan a la referida Circular. Valiente ella, de perfil austero quien la autoriza movido de bien en su medio, sepa el doctor Maldonado que su actitud nos estimula y afirma la simpatía de la compacta legión que ama su obra, y la lleva encima como una carga sagrada, a través de la América.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Pregunta: Me atraen las enseñanzas de la Teosofía, todo me parece muy razonable; y sin embargo, permanezco sin decidirme por motivos que no comprendo, demostrándose así que mi renuencia indefinida sobrepuja al deseo que tan definitivo me parecía. Sin embargo, no puedo dar el último paso. ¿Por qué será?

Respuesta: La razón consiste en que probablemente el "último paso" dista millones de millas de donde usted está actualmente. La Teosofía, como a menudo tenemos que recordárnoslos, es una vida, tiene que ser vivida, minuto por minuto, existencia tras existencia, hasta que por fin principiemos a comprender algo del corazón de ella. Sólo, entonces, es oportuno pensar en el "último paso." Lo que parece motivar la perplejidad del preguntante es la resolución de los primeros pasos; y en multitud de circunstancias resultan los más difíciles, en especial en aquellos de nosotros que han adquirido una completa instrucción "moderna", por la que la voluntad, la imaginación y la inteligencia, obrando en pleno desacierto, presentan casi la imposibilidad de volver a su justo sitio. Va en seguida un trozo de sabiduría de Jorge Macdonald que puede dar una solución al caso propuesto: "En la historia del mundo la imaginación se manifiesta tan conveniente como la inteligencia, y las cosas en que han estado ajustadas ambas, han revestido la mayor importancia."

C. P.

Respuesta: Tal vez el que pregunta se sorprende demasiado. Quizás contemple su reflexión en el cristal de la ventana, en vez de dirigir, a través, su vista hacia el maravilloso panorama de fuera. "Uno hace su propia sombra", dice un viejo refrán; y bien podría agregarse que sólo él puede hacerla.

G. V. S. M.

Respuesta: La fe, según parece, es el primero y gran fundamento. Me es conocido claramente cada pulgada del terreno que describe el preguntante, porque allí he pasado años. No me fué dado ver nada, en todo el tiempo que rehusé creer. Pero cuando permití que el corazón se convirtiera en maestro, cuando creí, todo se me tornó racional, estimulé las pruebas lógicas, y entonces la inteligencia recobró su lugar legítimo como uno de los instrumentos de mi uso.

M. K.

Respuesta: Hay dos errores en que la mayor parte de nosotros incurrimos en nuestras relaciones con el mundo espiritual. Nos imaginamos que allí todas las cosas son muy complicadas, cuando, por lo contrario, resultan de lo más sencillas. Pretendemos que todo suceda allí instantáneamente, sin tomar en cuenta la ley de la siembra y de la cosecha. Necesitamos meses para aprender a andar en el mundo físico, y sin embargo, aspiramos a correr en el mundo espiritual desde el mismo día en que parece que resolvemos entrar en él. Alguien ha dicho que en el arte menos importante lo más necesario consiste en aprenderlo ejecutándolo. Y ciertamente que la acción es de la mayor importancia en el "arte" de la vida real; y creo que aquel que desea aprender ha de comenzar por actuar. Aplicado esto al caso del preguntante, quiere decir, que teniendo un sincero deseo de llegar al verdadero corazón de la vida teosófica, para lo cual carece de la gran resolución, le importa que, de continuo, ejecute muchas pequeñas resoluciones. Podría, por ejemplo, decirse que por motivos de querer encontrar la verdadera luz, debía dirigir sus empeños a ennoblecer la vida de una persona que no le fuera grata. Desempeñaría todos los medios posibles para descubrir lo bueno y digno en él; o con tal motivo realizaría algo, cada día, lo mejor posible, en la línea de sus diarias obligaciones. Detengámonos a pensar cuánta cantidad de energía y determinación demuestran muchos pobres niños en su deseo de lograr una educación de escuela! Así, nos fuera posible consagrar nuestros corazones, con igual sencillez y firmeza, a la tarea de "abrir nuestro camino" en el Reino de los Cielos.

R. C.

LIBROS DE VENTA

en la Biblioteca de la Sociedad Teosófica

Canónigos a Esperanza número 38

CARACAS

LA VOZ DE LA INDIA.....	B. 1,50	EL SELLO DE SALOMON.....	B. 2,50
FILOSOFIA DE LA ALIMENTACION.....	2,50	MORALISTAS GRIEGOS	4.
EL HOMBRE Y SUS CUERPOS.....	2.	CHIRNALDAS DE AMOR	2.
LUZ EN EL SENDERO.....	1,50	DEUDA FATAL	4.
LA VOZ DEL SILENCIO.....	1,50	TRAGEDIAS DE ESCHILO	4.
DOCTRINA DEL CORAZON	1,50	SABIDURIA DE LOS UPANISHAD ..	2.
EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU		CONFUCIO	1.
DOMINIO Y CULTURA.....	2.	FILOSOFIA ESOTERICA DE LA INDIA	2,50
VEGETARISMO Y OCULTISMO.....	75	VISLUMBRES DE OCULTISMO.....	8.
LA CLAVE DE LA TEOSOFIA.....	6.	LA MEMORIA DE LOS NACIMIENTOS	
EL RESPETO A TODO SER VIVIENTE	1,50	PASADOS	1,25
EL HOMBRE; FRAGMENTO DE UNA		COCINA VEGETARIANA	4.
HISTORIA OLVIDADA.....	3.	EL TESORO DE LOS HUMILDES.	1,50
NUESTRA RELACION CON LOS NI-		ZANONI	8.
NOS	75	LA RAZA FUTURA	4.
HACIA EL TEMPLO	3,25	CARTAS QUE ME HAN AYUDADO..	2.
REENCARNACION EN EL NUEVO		EL CORAN	4.
TESTAMENTO	1,25	HACIA LA GNOSIS	4.
EL SISTEMA AL CUAL PERTENE-		JUNTO AL HOGAR.....	4.
CENOS	1.	SENECA	4.
CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL		OJEADAS EN EL SANTUARIO	4.
BUDDHISMO	2.	EL DHAMMAPADA Y EL NARADA	
APOLONIO DE TYANA	2,50	SUTRA	3,25
PITAGORAS	4.	CLARIVIDENCIA Y CLARIAUDIEN-	
BHAGAVAD GITA	3.	CIA	2,50
EL DESPERTAR	2.	LA BARBARIE CRISTIANA EN EU-	
LA INICIACION	3,50	ROPA	1,50
LO QUE ES LA TEOSOFIA	2,50	FRATERNIDAD LEY DE LA NATU-	
EL UMBRAL DEL MISTERIO	4.	RALEZA	1,50
FILOSOFO AUTODIDACTO	4.	VISLUMBRES DE OCULTISMO(TE-	
EL BUDDHISMO ESOTERICO	2,50	LA)	2.
EL MUNDO OCULTO	8.	BOSQUEJOS TEOSOFICOS	1,50
PROTECTORES INVISIBLES	3.	ECOS DEL ORIENTE	1,50
MANUAL TEOSOFICO Y CONSTITU-		LA SABIDURIA ANTIGUA	5.
CION SEPTENARIA	2.	LA INICIACION	3,50
CIENCIA OCULTA EN LA MEDICINA	2,50	EL PLANO ASTRAL Y EL DEVACHAN	2,50
MAGIA BLANCA Y NECRA	5.	FORMAS DEL PENSAMIENTO EN	
LOS TRES SENDEROS DE PERFEC-		COLORES	14.
CION	2,50	EL HOMBRE VISIBLE E INVISIBLE	
LEYES DEL DESTINO	4.	(COLORES)	13.
EL CRISTIANISMO ESOTERICO.....	6.	KARMA	1,50
SIETE GRANDES RELIGIONES.....	6.	VIDA DE JEHOSHUA	6.
EN ARMONIA CON EL INFINITO.....	4.	HISTORIA DE LOS ATLANTES.....	6.
LOS GRANDES INICIADOS	8.	LA PEPDIDA LEMURIA	6.
LEYES DE LA VIDA SUPERIOR.....	1,50	EL MAS ALLA DE LA MUERTE.....	5.
A LOS PIES DEL MAESTRO	2,50	A LOS QUE SUPREN	2.
EDUCACION DE LA VOLUNTAD.....	5.	LA DOCTRINA SECRETA (2 TOMOS	
CARTAS ROSACRUCES	2.	PASTA DE LUJO)	60.
POR LAS PUERTAS DE ORO.....	3.	ISIS SIN VELO (3 TOMOS).....	30.
MAGIA EGIPCIA	2.		

NOTA.—No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su respectivo importe.

Para encargos dirigirse al señor Miguel Benzo.